

# Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica

Ricardo Martín Valls\*  
Angel Esparza Arroyo\*

## ABSTRACT

*On the basis of the earlier cultural mosaic, an analysis is made of the archaeological features that define the Celtiberian Culture from the Duero valley (pottery, iron and bronze artifacts, etc. and also military and domestic settlements and architecture), that in the long term mean the increasing uniformity of the material culture of a broad sector of the Meseta.*

*After alluding to the ethnic background on the basis of the classical sources, the apparent cultural contribution of La Tène, somewhat modified, is discussed. In addition, the evolution of the Celtiberian Culture is analysed in relation with the Roman presence, with particular attention to the pottery, then at its most splendid, and the notable transformations in types of dwellings.*

*A social and economic interpretation of the Celtiberian Culture is also noted, relating the prosperity of the material culture with the development of oppida, similar to the process that can be seen in other parts of Europe.*

## RESUMEN

*Se presenta un estado de cuestión sobre la Cultura Celtibérica desde una óptica duriense. Partiendo del mosaico cultural precedente, se analizan los rasgos arqueológicos que la definen (cerámica, objetos de hierro y bronce, etc., así como el hábitat y la arquitectura militar y doméstica) y que suponen, a la larga, la uniformización de la cultura material de un amplio sector de la Meseta.*

*Tras aludir al trasfondo étnico a partir de las fuentes clásicas, se intenta calibrar la pretendida aportación laténica, que resulta un tanto matizada. Además, se analiza la evolución de la Cultura Celtibérica en relación con la presencia romana, haciendo hincapié sobre todo en la cerámica —que, sorprendentemente, alcanza su máximo esplendor— y en las notables transformaciones del hábitat. En este trabajo se apunta también una interpretación socioeconómica de la Cultura Celtibérica, poniendo en relación la prosperidad de la cultura material con el proceso de formación de oppida, análogo al que se observa en otras zonas de Europa.*

## 1. INTRODUCCION

Abordar el problema de la etnogénesis de los pueblos meseteños cuyo sometimiento afronta Roma en los dos siglos anteriores al cambio de Era no resulta tarea fácil. Esta investigación debe superar dos obstáculos fundamentales, de muy diversa índole. En primer lugar, como sucederá en todas las restantes áreas culturales estudiadas en esta Reunión, la «dificultad de equiparar entidades arqueológicas y entidades históricas», por decirlo con palabras de Clarke<sup>1</sup>. Y sobre todo, porque nuestro caso concreto es en buena medida paradójico: como vamos a ver, en cierto momento de la segunda Edad del Hierro empiezan a atisbarse rasgos arqueológicos peculiares que parecen relacionables con la formación de los pueblos prerromanos; al menos, puede decirse que en el solar donde los romanos hallarán establecidos a los vacceos, se observa una realidad arqueológica diferente de la del solar de los arévacos, de los vettones, etc. Pues bien, justo cuando se inicia esta situación tan favorable para el estudio de la etnogénesis, tiene lugar un proceso de fuerte homogeneización cultural, bajo el cual se borran —o se diluyen casi por completo— aquellas diferencias. Pasemos, pues, a considerar este proceso, que denominamos *celtiberización*.

A mediados de la segunda Edad del Hierro se observan importantes cambios en las tierras meseteñas. Por una parte, el eclipse o, cuando menos, la falta de vigor de los grupos culturales preexistentes; y, por otra, la introducción de ciertas novedades en el panorama arqueológico, la más importante de las cuales, es sin duda, la generalización de la cerámica torneada. Este proceso, sin embargo, no se produce súbitamente ni con igual intensidad en todas partes, comenzando de este a oeste y también a partir de algunos focos meridionales. Tales cambios se ven acompañados de otros fácilmente observables entre las producciones metalúrgicas, como es la difusión de ciertos objetos de hierro, al tiempo que el bronce se reserva para elementos suntuarios. Esta renovación de elementos metálicos corre parejas a ciertas transformaciones en el hábitat, como la vitalización de ciertos núcleos que, en última instancia, se van a convertir en auténticos *oppida* en un proceso similar al que tiene lugar en la Europa continental.

De entre todos los elementos mencionados será la cerámica la que mejor permita conocer la realidad del proceso apuntado, del que constituye un auténtico fósil director, dado que los objetos de metal presentan problemas, especialmente cronológicos, hoy por hoy de muy difícil solución, como luego veremos. Además, a partir de la cerámica, nosotros mismos hemos defendido el alcance de un proceso que se ha venido a denominar *celtiberización* y que, en principio, tiene connotaciones distintas según se mire la situación arqueológica en las zonas orientales, hacia el centro de la Meseta o en los sectores más occidentales.

Este hecho es fácilmente explicable si consideramos la situación preexistente, es decir, el mosaico cultural del que tenemos constancia que existía ya entrada la segunda Edad del Hierro.

\* Universidad de Salamanca.

<sup>1</sup> Clarke, 1968, p. 362.

En las serranías sorianas se documenta el eclipse del grupo castreño del Hierro Antiguo y el surgimiento de nuevos poblados, que muy hipotéticamente cabría denominar *protoarévacos*, al parecer más orientados hacia una economía agrícola, defendidos mediante nuevos sistemas de fortificación —murallas con paramentos múltiples— que encierran viviendas de planta rectangular, en cuyo equipamiento destacan cerámicas de perfiles suaves con exterior rugoso o decoradas con impresiones de espátula. A este momento cabe referir también la fase más antigua de algunas necrópolis, caso de Osma o Carratiermes, que han sido etiquetadas como *posthallstáticas* en la bibliografía tradicional.

En otro sector serrano, el que ocupa las zonas septentrionales de Palencia y Burgos, conocemos precariamente un grupo denominado con acierto «de Monte Bernorio-Miraveche». Mejor que las características de su hábitat y sus necrópolis, lo definen una serie de piezas sobresalientes, tales como las espadas de gavilanes curvos (tipo Miraveche), los puñales y umbos de escudo (tipo Monte Bernorio) o las grandes placas de cinturón (tipo La Bureba); no así la cerámica, pues las urnas tantas veces reproducidas de la epónimo necrópolis burgalesa ofrecen escasos visos de credibilidad al haber sido reconstruidas con ciertas dosis de fantasía. Algunos de los tipos metálicos mencionados, pese a que son en origen bastante antiguos, tendrán una larga perduración, como ponen de manifiesto incontestablemente las asociaciones y tendremos ocasión de valorar.

Hacia el centro de la cuenca del Duero se asiste a los últimos momentos de la conocida cultura del Soto de Medinilla, que se transforma de forma paulatina en el mundo *protovacceo* incorporando nuevas técnicas decorativas —impresión a peine o con estampilla— sobre sus cuidadas cerámicas, e incluso transformando sus habituales casas circulares en otras rectangulares, en un primer estadio con las esquinas redondeadas.

Estas novedades no se gestan, curiosamente, en el centro de la Cuenca, sino en el sector suroccidental, donde ahora se desarrolla con toda su fuerza la cultura de Cogotas II, que puede identificarse sin dificultad con los *vettones* históricos. Sin detenernos en el análisis pormenorizado de este importante grupo, baste recordar sus imponentes castros con curiosos artilugios defensivos; sus ricas necrópolis —con una primera fase en la que destacan los vasos a peine y las espadas de antenas— y las conocidas esculturas zoomorfas denominadas genéricamente «verracos», de controvertida cronología, aunque hoy haya que reconocer forzosamente su modernidad.

Por último, en las tierras más occidentales, allende el Esla, asistimos a la perduración de un foco castreño enraizado en el Soto de Medinilla, más pobre que éste, y cuya evolución interna es aún difícil de establecer. No cabe denominarlo *protoastur*, pero su posterior evolución parece desembocar en la formación de los *astures* históricos.

## 2. RASGOS ARQUEOLÓGICOS DE LA CULTURA CELTIBÉRICA

Sobre el panorama arqueológico mencionado, a partir de un momento avanzado de la segunda Edad

del Hierro, aparece, como hemos dicho ya, una producción cerámica de tipo industrial, torneada y cocida en un horno con elevada temperatura y atmósfera oxidante: se trata de la cerámica celtibérica, que se distingue por su color, barniz y textura, y especialmente —en una primera aproximación— por sus formas.

### La cerámica

No conocemos con seguridad la génesis de la cerámica celtibérica, pero desde luego, intuitivamente, se reconoce su inspiración, tanto técnica como en formas y decoración, en el mundo ibérico, con el que la Meseta viene estableciendo seculares contactos culturales. En efecto, sabemos de auténticas importaciones de cerámicas ibéricas de fecha relativamente antigua en Sanchorreja y Cuéllar, es decir, en dos zonas de penetración de piezas meridionales desde antiguo, como lo evidencian los conocidos objetos orientalizantes del castro abulense y de la provincia de Segovia. En Cuéllar, sobre todo, y en otras localidades segovianas, se documentan vasos indudablemente ibéricos —recipientes pintados con bandas horizontales en tonos vinosos, cerámicas de barniz rojo, cerámica gris— datables en los siglos V y IV a.C.<sup>2</sup> En Sanchorreja, Maluquer alude a fragmentos de cerámica de tipo ibérico e incluso publica un plato de cerámica gris<sup>3</sup>. Algo parecido ha debido de ocurrir en la zona oriental, a juzgar por algún vaso de Monteagudo de las Vicarías<sup>4</sup> y sobre todo porque en Numancia se constatan ánforas<sup>5</sup> exóticas en la Meseta que deben ser consideradas importaciones del mundo ibérico, donde, a través de los hallazgos de El Cigarralejo, se datan a fines del segundo cuarto del siglo IV a.C.<sup>6</sup> Estas importaciones serán las que expliquen el temprano uso del torno por las gentes del sur y oriente de la Meseta, que podría remontarse sin duda a la cuarta centuria<sup>7</sup>. Ni que decir tiene que su empleo no es sincrónico en toda la región, existiendo un desfase entre las zonas mencionadas y el resto, sobre todo muy acusado en los sectores más occidentales, donde tal innovación no llegará hasta la época de la conquista romana.

Resulta difícil llenar el vacío entre las importaciones ibéricas de los siglos V y IV y el momento en que la cerámica celtibérica despega con fuerza, pues no sabemos con exactitud cuáles serían las producciones torneadas correspondientes a la segunda mitad del siglo IV y comienzos del III.

Conociendo las técnicas de fabricación y la superioridad de los modelos no es difícil suponer que fuesen seguidos muy tempranamente por alfareros locales, dando así comienzo a simples imitaciones al principio, para ir paulatinamente dotando a sus producciones de cierta personalidad hasta convertirlas en lo que es claramente reconocible como cerámica celtibérica. Como es lógico, en un proceso llevado a cabo sin solución de continuidad es muy difícil reconocer el

<sup>2</sup> Barrio, 1989, pp. 980-999.

<sup>3</sup> Maluquer, 1958, lám. XII A.

<sup>4</sup> Taracena, 1932, lám. XXVI, 2.

<sup>5</sup> Wattenberg, 1963, tabla XXVIII, n.º 795 y 796.

<sup>6</sup> Cuadrado, 1987, pp. 262-272.

<sup>7</sup> Vid. también Sacristán, 1986a, pp. 122-124; Burillo, 1987, p. 84.

momento formativo, siendo seguramente imprescindible el recurso a análisis de pastas para distinguir las producciones foráneas de las autóctonas. En tal sentido se podrían citar las cerámicas recientemente publicadas de Roa, de formas globular-bitroncocónicas y decoradas con bandas horizontales vinosas, que tanto recuerdan a lo ibérico de los siglos V y sobre todo del IV<sup>8</sup>.

En el siglo III se pueden reconocer ya vasos auténticamente celtibéricos, como lo manifiestan bien a las claras los del nivel III del Soto de Medinilla celtibérico que se realizan todavía con cierta torpeza, sin decoración pintada o con los primeros semicírculos todavía sin la ayuda del compás<sup>9</sup>. A este mismo siglo cabe llevar también un tipo de vaso de forma acampanada con pie desarrollado, conocido en Las Cogotas, La Osera e Izana —forma IX de A. Díaz<sup>10</sup>— por su asociación en la tumba 138 de la Osera<sup>11</sup> a un platito campaniense de la forma 25 (Morel 2735c). Es lógico suponer que en esa misma centuria hubo ya una amplia producción, sobre todo de formas simples, que hoy por hoy no podemos individualizar con precisión.

Mientras no dispongamos de otros testimonios semejantes a los aludidos, hemos de llevar al siglo II el grueso de la cerámica celtibérica, a la época que D. Sacristán llama «etapa clásica»<sup>12</sup>, denominación poco justificada por cuanto los tipos que se integran en ella la desbordan sobremedida, pero aceptable más que nada por su comodidad y porque nos libera del encorsetamiento historicista de la clasificación de F. Wattenberg<sup>13</sup>, pese a que en el fondo se trate de lo mismo. Corroboran este encuadre cronológico en la segunda centuria ciertos paralelos que se advierten entre formas cerámicas celtibéricas y campanienses. Tal es el caso de un recipiente de la tumba 9 del (sector N50) de la necrópolis de Palenzuela, cuyo perfil está emparentado con la serie 2737 de Morel, que se fecha a mediados de dicho siglo.

Del variado repertorio de formas, que se repiten constantemente en todos los yacimientos, recordaremos los grandes recipientes de borde vuelto —entre los que sobresalen los típicos en cabezas de pato— las numerosísimas variantes de copas, los cuencos y boles, las botellas, etc. Muchos de estos recipientes aparecen ornados con molduras, calados o excisiones, pero la decoración esencial es la pictórica, con un sinnúmero de motivos como los bien conocidos semicírculos concéntricos, ondas, meandros, rombos, etc. Tanto con respecto a las formas como a las decoraciones, se pueden buscar antecedentes en la cerámica ibérica. A título de ejemplo, podríamos referirnos a los vasos de asa diametral, que en el mundo ibérico se documentan ya en el Ibérico Antiguo —Cástulo, Cazalilla, Colina de los Quemados<sup>14</sup>— llegando hasta el siglo I a.C. en la Alcudia<sup>15</sup>; o también a las botellas, que deben haber arrancado a partir de las ibéricas, bien conocidas

en el siglo IV en El Cigarralejo<sup>16</sup>, la Bastida<sup>17</sup> o La Albufereta<sup>18</sup>. Y por lo que respecta a las decoraciones es bien conocida la inspiración ibérica de los motivos de nuestra cerámica, razón por la cual durante mucho tiempo se calificó de «ibéricas» a las producciones meseteñas, hasta tal punto que en 1924 B. Taracena tituló su tesis doctoral «La cerámica ibérica de Numancia» y mucho más recientemente García y Bellido incluía a Numancia entre los cuatro centros principales de la cerámica ibérica<sup>19</sup>.

Pese a todo, es indudable que los alfareros celtibéricos realizaron una adaptación muy personal, tanto de formas —recuérdense, por ejemplo, las copas de alto fuste— como, sobre todo, de la ornamentación. Con respecto a esta última, podemos señalar, en primer lugar, la frecuencia de molduras que muchas veces servirán para encuadrar los temas pintados; en segundo lugar, el uso de la pintura negra en vez de la vinosas de sus colegas ibéricos; especialmente, por la mayor claridad compositiva, circunscribiéndose casi siempre los motivos a la parte superior del vaso y dejando, por tanto, más espacios libres, dicho de otra forma, por un menor barroquismo; finalmente, en cuanto a los temas hay que reseñar el adelgazamiento de las bandas pintadas, la ausencia de elementos florales y figurados, el gusto más acusado por elementos geométricos, un notable descuido al realizar los temas de ondas, e incluso ciertas aportaciones nuevas como los entorchados, acaso enraizados en las barrocas decoraciones de las últimas cerámicas a peine de la región<sup>20</sup>. Todos estos rasgos peculiares serán tanto más reconocibles cuanto más avance el tiempo, cristalizando plenamente ante la presencia romana.

### *Desarrollo de la metalurgia del hierro*

Paralelamente al proceso que hemos resumido tomando como base la cerámica, se produce también un notable desarrollo de la metalurgia del hierro, cuya generalización es otro de los rasgos característicos del fenómeno celtibérico. La trascendencia de este fenómeno fue captada por Maluquer, quien llegó a atribuir la «cristalización del mundo celtibérico» a la explotación de los yacimientos de hierro en la zona del Moncayo<sup>21</sup>.

Esta interpretación no puede asumirse sin reservas, en primer lugar porque son pocas —al menos por el momento— las evidencias arqueológicas seguras de la explotación de dicho foco minero<sup>22</sup>, sobre todo

<sup>8</sup> Sacristán, 1986b.

<sup>9</sup> Wattenberg, 1959, pp. 177-178, sección p. 185 y lám. p. 207.

<sup>10</sup> Díaz, 1976, p. 453.

<sup>11</sup> Cabré *et alii*, 1950, lám. XXXI.

<sup>12</sup> Sacristán, 1986a, pp. 131-133.

<sup>13</sup> Wattenberg, 1978, pp. 14-16.

<sup>14</sup> Pereira, 1989, p. 162.

<sup>15</sup> Nordstrom, 1973, p. 176.

<sup>16</sup> Cuadrado, 1987, *Vid.* las tumbas 106, 325, 239 y 154.

<sup>17</sup> Aranegui y Pla, 1979, p. 94.

<sup>18</sup> Rubio, 1986, pp. 358-360.

<sup>19</sup> García Bellido, 1971, p. 94.

<sup>20</sup> *Vid.* Sobre estos aspectos Wattenberg, 1963, pp. 33-35; Sacristán, 1986a, pp. 183-184.

<sup>21</sup> Maluquer, 1960, p. 143.

<sup>22</sup> Recientemente, Hernández Vera y Murillo han iniciado un programa de investigación centrado en el yacimiento de La Oruña, junto al monasterio de Veruela. Existen allí galerías de época muy reciente. La extracción al aire libre, presumiblemente practicada en época celtibérica, no ha podido ser probada, pero entre los materiales de superficie recogidos en el lugar, predomina la cerámica celtibérica; la escasez de campaniense y la ausencia de sigillata parecen indicar que el lugar dejó de ocuparse durante la conquista, sin que pueda precisarse el momento (Hernández Vera y Murillo, 1985, p. 181.).

porque la gran cantidad de objetos de hierro esparcidos por toda la región no se explica fácilmente a partir de un único foco. La consulta al Mapa Previsor de Mineralizaciones de Hierro<sup>23</sup> nos hace ver que en los bordes de la cuenca del Duero hay, en efecto, otras áreas mineralógicas: la del Moncayo se prolonga por la Sierra de la Demanda; además, hay otras importantes en Medinaceli/Arcos de Jalón, en Riaza y otras localidades segovianas, y una muy extensa en las zonas occidentales de León y Zamora. Si recurrimos a cartografía más detallada<sup>24</sup>, advertimos la ingente cantidad de pequeños yacimientos que salpican todos los bordes de la región, lo mismo en las montañas leonesas —focos de las cabeceras del Torio o del Bernesga— que en las merindades del norte de Burgos, o en las sierras también burgalesas de Lara y Atapuerca, y sobre todo en el importantísimo núcleo de la Sierra de la Demanda, a caballo de Burgos, Soria y La Rioja; hay afloramientos, interesantes por su posición, muy próximos a las ciudades de Zamora y Segovia; y el foco de Medinaceli se prolonga por Somaén hacia Atienza y Aguilar de Anguita. Podemos detenernos en algunos de los de Segovia y Avila: los veneros ferruginosos de las cabeceras del Duratón y del Eresma seguramente permitirán explicar la metalurgia de hierro documentada en las necrópolis de Cuéllar y Sepúlveda. Respecto a los minerales de la sierra de Ayllón, en el alto Riaza, J. Barrio ha apuntado su posible aprovechamiento ya desde el Hierro Antiguo<sup>25</sup>. Por nuestra parte, hemos de anotar el interés de este sector segoviano donde vienen a sumarse los minerales de hierro, objetos realizados en este metal desde fechas tempranas, y presencia de cerámicas torneadas inspiradas desde el ámbito ibérico. Una situación análoga se observa en Avila, donde los castros de Las Cogotas y la Mesa de Miranda, con sus ricas necrópolis, podrían relacionarse con los afloramientos de Sierra Merina y Arroyo de la Higuera; y en el Raso de Candeleda, al otro lado ya de la Sierra de Gredos, donde se dan una temprana utilización del torno y una espléndida metalurgia del hierro, posiblemente relacionada con afloramientos locales<sup>26</sup>.

La valoración de los múltiples afloramientos ferruginosos de toda la Meseta no debe significar la exclusión total del tradicional foco del Moncayo —que en sentido amplio abarcaría también la zona de Medinaceli/Arcos de Jalón—, pues en un primer momento éste pudo jugar un papel importante, habida cuenta de la dispersión de ciertos tipos de espadas, como las de frontón<sup>27</sup> —que sin duda son las más antiguas, dada su asociación funeraria a escudos de chapa de bronce tipo Alpanseque<sup>28</sup>— o las de antenas/más desarrolladas, que cabe relacionar con ejemplares de Languedoc-Cataluña y Aquitania, y que preceden claramente a las de antenas atrofiadas, comunes en los cementerios abulenses.

En todo caso, precisar en qué medida contribuyen unos y otros focos mineros al esplendor metalúrgico celtibérico es actualmente difícil, quedando abierto un importante campo de investigación: por un lado, la exploración de los veneros buscando elementos de datación; además, dada la escasa entidad de las obras que cabe suponer para esta época, seguramente habrá que seguir otros caminos, como los análisis de los propios objetos manufacturados. En éstos hay pequeñas inclusiones de escoria que la forja no ha conseguido expulsar y que contienen elementos traza, cuyo análisis es imprescindible para establecer la procedencia del mineral de partida.

Así pues, sea cual fuere el origen particular de las producciones de hierro, lo cierto es que en la cultura celtibérica se documenta una floreciente metalurgia de este metal, especialmente en las armas, pero también en los utensilios de la vida cotidiana.

### Armas

Con respecto a las armas, el modelo que sistemáticamente aparece en las tumbas correspondientes a la fase celtibérica es el *puñal*, frente a los estadios anteriores en los que era habitual la presencia de espadas.

Existe un primer tipo, el llamado de Monte Bernorio, caracterizado por su pomo y guarda naviformes unidos por varillas, por su hoja estrangulada y de cuatro mesas y por cuatro discos en la contera de su vaina, que ostenta también una anilla. Este tipo sufrirá una evolución perfectamente delineada por Cabré<sup>29</sup>. Otro tipo es el denominado doble globular por presentar dos abultamientos en su empuñadura, de los cuales el de la parte superior adopta a veces la forma de frontón, que aunque pudiera recordar las espadas del mismo nombre, no tiene con ellas más relación que ese detalle formal, alejándose totalmente por su concepción y cronología.

Los datos cronológicos que tenemos para los puñales de tipo Monte Bernorio son escasos; no obstante, uno de los primeros ejemplares en el tiempo debió de ser el de la «tumba 31» de Miraveche, tal vez del siglo IV, cronología que parece convenir al conjunto en el que destaca una espada de gavilanes curvos<sup>30</sup>. Muy pronto el tipo debió de formar parte del grupo de Cogotas II, a juzgar por la pieza de La Osera hallada en la tumba I/II-201; asociada con una espada de La Tène I<sup>31</sup>. Tal asociación, en todo caso, no clarifica suficientemente el problema cronológico, ya que, si la espada apuntaría tipológicamente hacia fechas bastante altas —desde luego al siglo IV—, no puede descartarse su perduración hasta la mitad del III.

Por lo que hace al puñal doble globular, no se nos escapa que existen esencialmente tres variantes: la clásica, estrictamente biglobular, la de frontón, y una tercera —que parece ya exclusivamente romana— en la que el remate superior insinúa un doble abultamiento. La dispersión de las dos primeras, si tenemos en cuenta el mapa de Schüle<sup>32</sup>, podría hacer pensar en

<sup>23</sup> Igme, 1972.

<sup>24</sup> Igme, 1975, hojas 10, 11, 18, 20, 21, 29, 31, 38, 39, 43, 44.

<sup>25</sup> Barrio, 1989, p. 843. Para estas cuestiones de minería, pp. 112-116 y 841-845.

<sup>26</sup> Fernández Gómez, 1986, pp. 18-20.

<sup>27</sup> Schüle, 1969, mapa 26.

<sup>28</sup> Cabré, 1940, pp. 59-63.

<sup>29</sup> Cabré, 1931; Cabré y Cabré, 1933.

<sup>30</sup> Schüle, 1969, lám. 139.

<sup>31</sup> *Ibidem*, lám. 119.

<sup>32</sup> *Ibidem*, mapa 50.

dos focos, uno oriental y otro abulense, de diferente densidad. Los numerosos ejemplares del primero sugieren una mayor antigüedad, impresión que avalaría su coexistencia con espadas de antenas y de La Tène —e incluso con un broche de cinturón de tres garfios que ha sido llevado al siglo V a.C., nada menos<sup>33</sup>— en las necrópolis de Osma y Quintanas de Gormaz; sin embargo, en el foco abulense hay también piezas de apariencia antigua, como el ejemplar de la tumba 383 de Las Cogotas que se acompaña a su vez por un vaso a mano<sup>34</sup>.

Así pues, a partir de unos oscuros orígenes, el puñal biglobular toma carta de naturaleza en todo el ámbito meseteño, llegando a ser el máximo exponente de la armería indígena en el momento de la conquista romana. En efecto, tal puñal aparece en las necrópolis estrictamente celtibéricas o en las tumbas de los cementerios que alcanzan la celtiberización, naturalmente con cerámicas torneadas de esa filiación. Del segundo caso tenemos una muestra en la tumba 605 de Las Cogotas<sup>35</sup>; del primero, sendos ejemplares con empuñadura de frontón y de dos discos se acompañan en la necrópolis de Palenzuela —tumbas 61 (sector N45) y 2 (sector N55)— de una botellita con hombros y de un vaso decorado con motivos típicamente celtibéricos.

Los hallazgos aludidos u otros esporádicos, como el del Berruoco<sup>36</sup>, prueban que este tipo de arma se expandió por toda la región, desbordando incluso sus límites en todas las direcciones. Hacia el valle del Ebro contamos con el ejemplar de Herrera de los Navarros, asociado a cerámica campaniense A<sup>37</sup>; hacia el sur del Sistema Central, con los cinco del poblado de El Raso de Candeleda, dos de ellos en relación con denarios de la República romana: el de la casa A1 con tres piezas fechadas en 119, 81 y 56 a.C., respectivamente, y el de la casa C1 con una del 62<sup>38</sup>; finalmente, hacia occidente, con las representaciones que de los mismos figuran en los denominados «guerreros lusitanos»<sup>39</sup>. La fecha tan tardía de éstos, apoyada en el hecho de que algunos ostenten inscripciones romanas, nos ilustran acerca de la perduración de dichos puñales hasta bien entrado el siglo I.

Con respecto a los *umbos de escudos*, cabría considerar como característico de la cultura celtibérica al modelo semiesférico, abierto, llamado en principio de tipo Bernorio-Miraveche-Las Cogotas, aunque sea más cómodo y más exacto llamarlo únicamente de Monte Bernorio, puesto que en Las Cogotas es sólo uno entre varios tipos de umbo y probablemente de reciente introducción. Podría sugerirse que los más antiguos ejemplares serían los hallados en la tumba «A» de Las Cogotas<sup>40</sup> y en la «tumba» 33 de Miraveche<sup>41</sup>, ambos de una fase preceltibérica. A partir de este momento, tal clase de umbo gozará de gran

difusión, acompañando en un primer momento a los puñales de tipo Monte Bernorio y más tarde —precisamente ya en el momento de la conquista romana— a los biglobulares.

Un hecho, sorprendente en un primer momento y sobre el que no se ha llamado la atención<sup>42</sup>, es la ausencia de espadas —salvo discutibles excepciones— en las tumbas celtibéricas, frente a la repetida aparición de puñales y sobre todo de puntas de lanza. De los puñales, el de tipo Monte Bernorio parece un auténtico distintivo de los varones de elevada posición, como ya apuntó Cabré<sup>43</sup>. Nos hallamos así ante una situación análoga a la que se produjo en Europa continental en el Ha D, donde el puñal es un auténtico *status symbol* muy indicativo del proceso social que algunos prehistoriadores germanos denominan «feudalización». Ahora bien, si allí se vuelve muy pronto a la vieja tradición de colocar espadas en las tumbas<sup>44</sup>, en la Meseta no se producirá tal restauración.

Debemos preguntarnos, lógicamente, si esta pérdida de importancia de las espadas se limita al ámbito funerario o si, por el contrario, el armamento celtibérico careció de veras de espadas<sup>45</sup>. En el primer supuesto, las espadas habían existido, pero no fueron enterradas, ya sea por una nueva ideología funeraria asumida por la minoría dirigente, o bien por la imposibilidad de desprenderse de ellas, aunque este último argumento no es nada convincente porque una penuria de metal tendría que haber producido igualmente la no deposición de las lanzas, puñales, umbos, etc.

En cuanto al segundo supuesto, el de la real inexistencia de espadas en la panoplia celtibérica, tal novedad se justificaría en virtud de un cambio en las tácticas de combate, en el cual el peso recae ahora sobre los jinetes lanceros y sobre infantes dotados de armas arrojadas y puñales. En favor de esta interpretación cabe utilizar la ausencia de hallazgos de espadas en poblados celtibéricos, en los que sí se han encontrado repetidamente —Las Cogotas, El Berruoco, Monte Bernorio, Peña Amaya, Caravia, Lancia<sup>46</sup>, El Raso de Candeleda, etc.—, puñales; pero, sobre todo, la iconografía numismática y los pocos datos suficientemente precisos suministrados por las fuentes literarias.

Las citas de las fuentes literarias sobre la espada son algo confusas. Por un lado se suele insistir en el *gladius hispanienses* como arma tomada por Roma a los celtiberos. Sabemos por Livio que en el 200 a.C. los macedonios conocieron por primera vez los terribles efectos de este arma adoptada ya por el ejército romano (Livio, 23, 34, 4), lo que encaja mal con la

<sup>42</sup> En un estudio reciente sobre los ajuares de Las Cogotas —en el que, al no hacerse distinción cronológica entre tumbas, se estudian espadas y puñales agrupados—, el autor llama la atención sobre el hecho de que «...en ninguna tumba de la necrópolis hayan aparecido juntas una espada y un puñal» (Kurtz, 1987, p. 18). En cambio, Cabré llegó a justificar el absoluto rechazo al comercio y difusión de espadas galas precisamente por la intensa fabricación de puñales (Cabré, 1930, p. 94).

<sup>43</sup> *Idem*, 1931, p. 225.

<sup>44</sup> Sobre todos estos aspectos, *vid.* Pauli, 1985, pp. 29-31.

<sup>45</sup> En este sentido, hay que recordar el papel de «filtro» desempeñado por las costumbres funerarias, en el que vienen insistiendo la «corriente simbólica» de la arqueología británica. Y H. Lorenz, estudiando los diversos grupos regionales de La Tène antiguo, concluye igualmente la dificultad de establecer el armamento a base sólo de las tumbas (Lorenz, 1986, p. 284).

<sup>46</sup> Schüle, 1969, mapas 37-39 y 50.

<sup>33</sup> Cerdeño, 1978, pp. 283 y 285.

<sup>34</sup> Cabré, 1932, lám. LXXXVI.

<sup>35</sup> *Ibidem*, lám. LXXV.

<sup>36</sup> Morán, 1924, lám. XIIIB.

<sup>37</sup> Burillo y de Sus, 1988.

<sup>38</sup> Fernández Gómez, 1986, pp. 61, n.º 20; 173, n.º 32; 211, n.º 28; 233, n.º 2 y 293, n.º 15.

<sup>39</sup> Cardozo, 1947.

<sup>40</sup> Cabré, 1932, lám. LXII.

<sup>41</sup> Schüle, 1969, lám. 138.

interpretación anterior, porque hasta el 195 no se producirá la entrada de los romanos en Celtiberia. Únicamente cabría argumentar que los romanos conocieron las espadas celtibéricas cuando en el 207 combatieron contra mercenarios celtibéricos al servicio de Cartago (Livio, 28, 1) o tal vez al admitir tales mercenarios en su propio ejército, admisión que se inicia en el 212 (Livio, 24, 49, 7). En relación con esto, Polibio (frag. 95) tras elogiar precisamente la calidad de las espadas celtibéricas, su punta y su tajo... concluye: «por lo cual los romanos desde los tiempos de Aníbal abandonaron las espadas de sus antepasados cambiándolas por las de los *iberos*»<sup>47</sup>.

Otra muestra de lo problemático de las fuentes es esta doble versión de un mismo acontecimiento: cuando Apiano (*Iber.*, 42) se refiere a la campaña de Flaco en el 181 nos dice que los lusones exigen a los romanos la entrega de una túnica, una espada y un caballo por cada hombre muerto en la guerra anterior; en cambio, Diodoro (29, 28) indica que lo que los lusones exigían eran una lanza, un puñal y un caballo.

Finalmente, para nuestro ámbito meseteño contamos con dos testimonios ciertamente interesantes. Plutarco (*Virt. mul.* 248 e) cuando se refiere al heroísmo de las salmantinas, señala que ocultaron bajo sus vestidos las espadas —¿no serían todavía de antenas?— de los hombres tomados prisioneros por Aníbal. Por el contrario, Apiano (*Iber.*, 50-52), al narrar la expedición de Lúculo contra Cauca en el 151, nos relata cómo los de Cauca atacaron por sorpresa e iban venciendo a los romanos hasta que, por falta de lanzas, su arma principal, debieron retirarse.

#### *Útiles domésticos*

El desarrollo de la metalurgia del hierro alcanza también a los útiles domésticos. Extremadamente raros en el momento anterior, incluso en otros metales, se generalizan ahora, según ponen de manifiesto numerosos hallazgos con que contamos. Estos proceden sobre todo de los poblados, a la inversa de lo que sucede con las armas. En este sentido, el castro de las Cogotas ha deparado un gran lote de herramientas de leñador, carpintero y agricultor<sup>48</sup>, mientras que en la necrópolis tan sólo se constatan una hoz en la tumba 632 y una parrilla en la 1442 —esta última, curiosamente, en miniatura— acompañada de unas tijeras. Algo análogo se documenta en castros y cementerios del sector oriental de la Meseta, aunque el ejemplo más notable lo constituirá —en un momento muy avanzado de la cultura celtibérica— el conjunto de útiles agrícolas y ganaderos —algunos de ellos, como las hoces, respondiendo a modelos de La Tène III— encontrados en una habitación de Langa de Duero, que en su día fue interpretado como un depósito comunal<sup>49</sup>.

Los dos casos aludidos son simplemente un punto de referencia de hallazgos que se producen por doquier. Lamentablemente está por hacer un estudio sistemático de los de la región, tal vez poco atractivo

por la perduración de los tipos hasta tiempos bien recientes, lo que explica lo difícil de establecer su encuadre cronológico; a esta dificultad se añade el hecho de que muchas veces tales piezas no tengan contexto bien definido. Todo ello se ve reflejado en el único intento que se ha hecho al reunir los procedentes de Numancia, que, por desgracia, no pudo avanzar más allá del inventario de las piezas<sup>50</sup>.

Toda esta abundancia y repetición de útiles de hierro en los yacimientos celtibéricos pone de manifiesto que la situación socioeconómica ha sufrido cambios importantes. De los que podrían ser atisbados, reseñamos en primer lugar que el aprovisionamiento del nuevo metal llega a todos los rincones, siendo probable la existencia de talleres locales, al menos de forja; en segundo lugar, la consolidación de actividades acaso especializadas, como carpintería, herrería, trabajo textil y de pieles, etc., además, la intensificación de la agricultura, a juzgar por el amplio abanico de aperos. La impresión global que se desprende es, en suma, que la celtiberización conlleva una economía pujante.

#### *Metalurgia del bronce*

Desde el punto de vista de la metalurgia, la celtiberización no supone sólo la generalización del hierro, sino que —como lógica consecuencia de la realización de las armas y los útiles domésticos y artesanales en hierro— se van a producir otras dos novedades importantes: la primera, claramente perceptible en las numerosísimas piezas encontradas, es la mayor disponibilidad de bronce, sin parangón con etapas anteriores; la segunda, que este material se reserva para manufacturas de lujo, entre las que destacan muy especialmente las fíbulas —en ocasiones verdaderas joyas—, los broches de cinturón y ciertos recipientes.

#### *Fíbulas*

De entre todos los tipos de fíbulas que se documentan en la Meseta podríamos reconocer —dentro de las limitaciones que imponen la falta de contexto, las perduraciones y, en consecuencia, la imprecisión cronológica— como celtibéricas las comúnmente llamadas de torrecilla lateral, de caballito, simétricas y ciertos tipos de La Tène y anulares. Los tres primeros tipos han sido analizados con cierto detalle por Schüle, estableciendo su dispersión e intentando una cronología aproximada<sup>51</sup>. Respecto a la primera, muy poco es lo que se puede añadir, porque los nuevos hallazgos, que sería prolijo enumerar, no hacen sino confirmarla. En relación con la segunda, se pueden hacer algunas consideraciones. Así, aún aceptando la argumentación de Schüle, quien desarrolla la impresión de Déchelette, sobre la filiación italiana de las fíbulas de caballito, debemos señalar que la cronología que de ella se deriva, es decir, su origen en el siglo VI a.C., es inaplicable en el ámbito celtibérico, donde existen numero-

<sup>47</sup> El subrayado es nuestro.

<sup>48</sup> Cabré, 1930, pp. 98-102; Idem, 1932, láms. LXXVIII y LXXVI.

<sup>49</sup> Taracena, 1929, pp. 35-36.

<sup>50</sup> Manrique, 1980.

<sup>51</sup> Schüle, 1969, p. 156.

sísimos ejemplares de todas las variantes, pero por desgracia carente casi todos de referencias estratigráficas. Curiosamente, los ejemplares perfectamente documentados apuntan hacia fechas tardías. El de las Cogotas, que procede de la tumba 1270 y apareció junto a un vaso a mano<sup>52</sup>, es una variante que creemos relativamente avanzada, dada la estilización del caballo. Mayor interés tiene el procedente de la tumba 33 (sector N45) de Palenzuela, donde un ejemplar muy barroco, con anillas en crines y cola y con un verraquito entre la mortaja y el hocico del caballo, se asocia con un vaso a torno típicamente celtibérico, decorado con bandas horizontales. Para ninguno de estos ejemplares pueden aplicarse las altísimas cronologías que propone Schüle, sino más bien encuadrarlos hacia el siglo III-II. Esta misma impresión la confirma el nutrido lote numantino, que, aunque privado de referencias precisas, parece pertenecer a la ciudad celtibérica. Además, con mayor precisión, la pieza del campamento de Cáceres el Viejo, que estaba en uso —por romanos o por tropas auxiliares indígenas— al comienzo de las guerras sertorianas<sup>53</sup>, y la de Langa de Duero, hallada en un contexto claramente datable en el siglo I a.C.<sup>54</sup>. Finalmente, un dato aún más revelador nos lo proporciona el ejemplar de la casa 2 de Herrera de los Navarros (Zaragoza), ya que, perteneciendo a la variante tipológica más primitiva, la del jinete, que a la vez ostenta una cabeza humana bajo el hocico del caballo, su cronología sin embargo debe llevarse inequívocamente al tránsito entre los siglos III y II a.C.<sup>55</sup>.

Otro tanto cabría decir con respecto a las simétricas, que si bien arrancan respecto de modelos renanos de La Tène Antiguo, han tenido un largo desarrollo en el área celtibérica, llegando también hasta la primera centuria antes del cambio de Era, según ponen de manifiesto los ejemplares —en metales preciosos, es cierto— que integran los tesoros soterrados tanto en época sertoriana<sup>56</sup> como durante las guerras cántabras<sup>57</sup>.

Parece acertada, en cambio, la datación a partir del siglo IV de las fíbulas de torrecilla lateral. Estas las encontramos sistemáticamente en tumbas de guerrero, como lo prueban no sólo los datos que proporcionan las necrópolis clásicas —Miraveche, Las Cogotas, La Osera—, sino también los hallazgos recientes en la de Palenzuela.

Es muy difícil sistematizar el complejo de las fíbulas laténicas, pues unas parecen responder a los modelos clásicos, mientras que otras son variantes y subvariantes de los mismos, teniendo probablemente un carácter local. En modo alguno pueden tomarse como indicio de influencia directa de la cultura de La Tène, debido a que aparecen con gran frecuencia en el mundo ibérico —desde Ampurias a Mairena, pasando por El Cigarral— e incluso en los campamentos

romanos de Numancia<sup>58</sup> y Cáceres el Viejo<sup>59</sup>, habiéndose interpretado las de este último, por supuesto las de La Tène Medio y Tardío, como propias de los soldados<sup>60</sup>. Por todo ello, cabe plantearse el alcance real de estas piezas, matizando mucho su uso como fósiles directores.

Con respecto a las fíbulas anulares hispánicas, el material de que se dispone en la Meseta es ingente, pero está mejor sistematizado. Hay que señalar que, aunque en esta región se encuentran representados prácticamente todos los tipos, resultan especialmente interesantes algunos de ellos que, no siendo conocidos en otras áreas culturales, se cifan exclusivamente a los yacimientos celtibéricos —incluyendo también los riojanos y navarros— por lo que cabría considerarlos como característicos de la cultura celtibérica: nos referimos a los tipos «de anillo grueso» y «de puente ancho», de Cuadrado, con su llamativo barroquismo. Aceptamos plenamente la cronología que propone este investigador<sup>61</sup>, al que sigue Schüle, que se ve confirmada por las dos que aparecen en el tesoro de Arrabalde I soterrado con motivo de la guerras cántabras<sup>62</sup>. Otros ejemplares igualmente áureos y análogos a los del tesoro arrabaldino, curiosamente de la misma zona geográfica —San Martín de Torres y El Bierzo—, sugieren también fechas tardías, tal vez en relación con los mismos acontecimientos bélicos.

#### *Broches de cinturón*

Al hablar de las armas y de las fíbulas, hemos señalado que algunas de ellas no eran creaciones celtibéricas, pero que habían sido incorporadas y extendidas durante el proceso de la celtiberización. Algo análogo se puede decir de los broches de cinturón tipo Bureba, que fueron tan característicos de los ajueres militares de Miraveche. Admitiendo fechas antiguas para los ejemplares burgaleses —tal vez no tan altas, en el siglo V, como pretende Schüle<sup>63</sup>— no puede dudarse de su perduración en el tiempo, a la vista del ajuar de la tumba 12 (sector N45) de la necrópolis de Palenzuela que, paradójicamente, no tiene el mismo carácter militar. En ella un broche de este tipo se acompaña fundamentalmente de vasos a mano y piezas de hierro en miniatura (parrilla, tijeras y azadita), características de un momento tardío del cementerio, de plena época celtibérica. También a este momento tardío cabe atribuir, como ya advirtió Wattenberg, el broche de Padilla<sup>64</sup>, que fue hallado en el lugar donde posteriormente se ha localizado una importante necrópolis de la segunda Edad del Hierro, que está siendo excavada actualmente.

En cambio, son celtibéricos desde su origen los extraordinarios cinturones metálicos de placas articuladas mediante bisagras y decorados con gruesos botones, que evidencian un gusto barroco análogo al

<sup>52</sup> Cabré, 1932, lám. LXXXII, I.

<sup>53</sup> Ulbert, 1984, lám. 9, n.º 31.

<sup>54</sup> Taracena, 1929, lám. X.

<sup>55</sup> Burillo y de Sus, 1988.

<sup>56</sup> Raddatz, 1969.

<sup>57</sup> Delibes y Martín Valls, 1982.

<sup>58</sup> Schulten, 1927, láms. 45 y 46; Idem, 1929, láms. 31 y 36.

<sup>59</sup> Ulbert, 1984, láms. 7-9.

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 205.

<sup>61</sup> Cuadrado, 1957.

<sup>62</sup> Delibes y Martín Valls, 1982.

<sup>63</sup> Schüle, 1969, cuadro cronológico.

<sup>64</sup> Wattenberg, 1957.

de las fibulas anulares descritas. Ejemplares notables son los de Lancia, Vega de Magaz, Cerezo del Río Tirón, Numancia y Monte Bernorio<sup>65</sup>, que por desgracia carecen de contexto preciso, aunque hoy día adquieren un cierto encuadre cronológico a la luz del broche áureo integrante del tesoro de Arrabalde II<sup>66</sup>, al que conviene la misma datación que para el primer conjunto de este yacimiento zamorano.

### *Simpula*

Piezas singulares que aparecen en varios yacimientos celtibéricos —Paredes de Nava, Monte Bernorio, Lara, Alto de Yecla, Numancia y Palenzuela— son unos recipientes provistos de un mango, que pueden equipararse a los *simpula* clásicos. En general son de bronce, pero también los hay de plata e incluso de cerámica<sup>67</sup>. No parece necesario insistir en su función cultural, ya que su paralelismo con esas piezas clásicas no ofrece ningún género de duda.

Para estas piezas carecemos de antecedentes peninsulares, pues las que conocemos en el mundo ibérico —por ejemplo, Menjibar<sup>68</sup> y Azaila<sup>69</sup>— parecen ser sincrónicas en general a las nuestras. Por el contrario, en Europa se cuenta con algunas bastante antiguas, tales como las de la necrópolis de Génova, que se datan en el siglo V a.C.<sup>70</sup> Hay que hacer notar que los ejemplares meseteños son formalmente distintos a los ibéricos y a los extrapeninsulares, pues mientras en estos últimos el mango se incurva fuertemente y remata en cabeza de mulo, cisne o perro, en los celtibéricos hay una cabeza de toro o bien unos cuernillos, que en ambos casos se acoplan al mango mediante remaches.

Como en el caso de las fíbulas de caballito con jinete, vuelve a producirse el vacío, en este caso mucho más acusado, de elementos de unión entre nuestras piezas y las italianas, máxime si consideramos los paralelismos que podrían establecerse entre nuestros mangos —llamados de «tipo Paredes de Nava» por Schüle<sup>71</sup>— y los protomos taurinos unidos por vástagos metálicos a las tazas de bronce de Tolfá, en las inmediaciones de Roma, que se encuadran en la facies protovillanoviana de Allumiere-Terni I, datable poco después del año 1000 a.C.<sup>72</sup>

### *Vidrio*

A la fabricación de estos ornamentos de bronce habría que añadir otra «industria de lujo», probablemente desarrollada ahora. Nos referimos a la de *cuentas de pasta vítrea*, tan habituales en las estaciones celtibéricas. Si bien no son desconocidas anteriormente,

parecen más abundantes en la última parte de la segunda Edad del Hierro, a juzgar por la correlación que guardan con la cerámica a torno en las necrópolis de Las Cogotas y La Osera. La difusión general de estas cuentas coincidiría con la celtiberización, constituyendo —a pesar de su aspecto aparentemente insignificante— un síntoma de pujanza económica.

### *Orfebrería*

Con todo, el mejor síntoma de esta pujanza lo constituyen, evidentemente, las joyas celtibéricas. Tras una etapa en que éstas fueron integradas dentro de lo ibérico<sup>73</sup>, hoy se va reconociendo la existencia de una auténtica orfebrería celtibérica. Como sucediera con la cerámica, es de abolengo ibérico, como lo denuncian el empleo mayoritario de la plata y la propia tipología de buena parte de las joyas; sin embargo, los modelos ibéricos son reelaborados, simplificándose en cuanto a la técnica y recargándose, por contra, en la decoración. También, en ocasiones, pueden constatarse ejemplos de síntesis a partir de modelos muy distintos, como los torques que, siendo de cabos trenzados como los ibéricos, incorporan voluminosos remates piriformes como los castreños del Noroeste. Y, desde luego, no todo es mera copia, sino que también se crean tipos totalmente originales —curiosamente en oro— como los adornos de pelo con representaciones equinas, el broche del segundo tesoro de Arrabalde, con su llamativa figura zoomorfa en perspectiva cenital, y las cuatro espectaculares fibulas anulares, mencionadas líneas atrás por su analogía con las de bronce.

La cronología de todas estas piezas debe centrarse en el siglo II, aunque los testimonios seguros de su uso correspondan a la centuria siguiente, a lo largo de la cual serán ocultadas con motivo de diversos acontecimientos bélicos, guerras sertorianas, luchas en época de César o campañas contra cántabros y astures.

La dispersión de tales joyas, integradas la mayoría de ellas en depósitos, avala una vez más lo que venimos considerando como área celtibérica. Además, las joyas no aparecen en cualquier sitio, sino en los núcleos de población más importantes, como Numancia, Roa, Coca, Palencia, Padilla de Duero, Paredes de Nava, etc., es decir, los *oppida*, muchos de ellos repetidamente atacados, según nos dicen las fuentes literarias. Son, en definitiva, los lugares de residencia de las élites indígenas, que han acumulado riqueza en esta fase de prosperidad y son poseedoras de objetos, como estas joyas o aquellas fíbulas y armas, que se imitan por doquier.

### *Modificaciones en el hábitat*

Los cambios en el material arqueológico que hemos abordado no son más que un aspecto —el más fácilmente reconocible— del proceso de celtiberización, ya que existen otros mucho más profundos, pero, en

<sup>65</sup> Cabré, 1931, pp. 231-232.

<sup>66</sup> Delibes y Esparza, 1989.

<sup>67</sup> Los de cerámica, claramente derivados de los metálicos, pero rematados en cabezas equinas, aparecen en Numancia (Wattenberg, 1963, n.º 465) y Palenzuela.

<sup>68</sup> Raddatz, 1969.

<sup>69</sup> Beltrán Lloris, 1976, pp. 169-170.

<sup>70</sup> Bernabo Brea y Chiapella, 1951, pp. 187-189.

<sup>71</sup> Schüle, 1969, pp. 153-154, mapa 46.

<sup>72</sup> Vid. Müller Karpe, 1959, fig. 64.

<sup>73</sup> Raddatz, 1969, lám. 24, 6.



el estadio actual de la investigación, más difíciles de detectar. En todo caso, contamos con algunos ejemplos que nos ilustran sobre importantes modificaciones en el hábitat e incluso en la arquitectura.

Una primera impresión nos lleva a considerar que buena parte de los yacimientos de las etapas anteriores continúan su desarrollo en el momento en que se produce la celtiberización. Así sucede en los castros de Mompodre de Abezames (Zamora), de Tariego (Palencia), de Yecla de Yeltes (Salamanca), que remontan al momento inicial de la segunda Edad del Hierro; incluso también podrían mencionarse los de El Viso de Bamba (Zamora), Solarana, Castrogeriz y Roa (Burgos), Montealegre, Pago de Gorrita y Simancas (Valladolid), Cuéllar (Segovia) y un largo etcétera. En todos ellos podría hablarse de estricta continuidad, aunque dentro de lo provisional que resultan las observaciones de yacimientos apenas excavados.

Otro grupo plantea interesantes problemas de alcance histórico, puesto que en este momento amplían su solar. Tal es el caso de Salamanca que ahora ocupa no sólo el Cerro de San Vicente, sino también el Teso de las Catedrales, que con el tiempo se convertirá en el auténtico núcleo urbano. Hay que destacar que, en el momento de la expedición anibálica la *Salmantica* ya no es aquel poblado de 1,5 Ha, sino que alcanza una superficie de veinte<sup>74</sup>, lo que quiere decir que se ha transformado en un auténtico *oppidum*, en el que no falta una característica esencial de este tipo de núcleos protourbanos, cual es la existencia de barrios diferenciados, como por suerte se menciona incluso en el conocido pasaje de Plutarco (*Virt. mul.*, 248e) referente al heroísmo de las salmantinas al hablar de un «arrabal» o «barrio apartado de la ciudad».

También debemos referirnos a otro conjunto de yacimientos en los que se observa un cambio de emplazamiento. El propio Soto de Medinilla se desplaza<sup>75</sup>, aunque sin abandonar del todo su solar original; pero es mucho más claro el caso de Valoria la Buena<sup>76</sup>, en el que el yacimiento celtibérico está al lado del «hallstático», pero claramente separado; otro tanto ocurre con sendos yacimientos del pueblo soriano de Taniñe, donde El Castillo sucede a El Castillejo, sin solución de continuidad<sup>77</sup>.

Finalmente, además de estas situaciones, existen *poblados de nueva planta*, aunque por el momento no estemos en condiciones de calibrar el propio dato. Los trabajos de prospección intensa realizados en los últimos años en ciertas zonas permiten con cierta fiabilidad extraer algunas conclusiones en este sentido. En Soria, por ejemplo, se ha propuesto que una de las características del momento celtibérico es la proliferación de nuevos asentamientos<sup>78</sup>. Dicha proliferación puede ser cuantificada: en la Serranía soriana son totalmente nuevos más de la mitad de los yacimientos celtibéricos. Es verdad que casi un 30% de las estaciones que han proporcionado cerámicas celtibéricas viene a coincidir con viejos castros, pero en algunas

ocasiones parece seguro que estamos ante restos circunstanciales: en el castro del Zarranzano se ha sugerido que corresponden a los habitantes del poblado de los Villares de Tera, que —no contando con murallas— habrían buscado refugio en un episodio concreto<sup>79</sup>. Los datos correspondientes a las comarcas de Almazán y Gómara son igualmente interesantes: en la primera, se han documentado 19 yacimientos celtibéricos, siendo todos nuevos, excepto dos antiguos castros; en el Campo de Gómara sólo hay un castro celtiberizado entre los 11 yacimientos con material celtibérico. Como dato resumen de las tres comarcas podríamos retener que el 70% de los yacimientos que proporcionan estos materiales celtibéricos son *nuevos*.

Por el contrario, la impresión que se obtiene en zonas centrales de la cuenca del Duero, es la del enraizamiento de los poblados celtibéricos en la etapa anterior. La revisión bibliográfica de los yacimientos de la provincia de Valladolid nos hace ver que el 63,9% de los celtibéricos son antiguos poblados de la facies Soto, registrándose solamente un 36,1 de los poblados de nueva planta. Es la misma impresión que extraemos en la mitad oriental de Zamora, donde sólo hay dos yacimientos celtibéricos nuevos frente a ocho que arrancan desde la etapa del Soto (fig. 1).

Estamos, pues, ante dos situaciones bien diferentes: en ambas zonas la mayoría de los poblados del Hierro Antiguo se abandonan, pero si en Soria hay una cantidad notable de poblados celtibéricos completamente nuevos, éstos escasean en el centro de la cuenca, dando la impresión de que la población se hubiera concentrado en unos cuantos núcleos especialmente seleccionados.

Las modificaciones del hábitat enumeradas no agotan la rica problemática que éstas plantean. Se puede además considerar una cierta *jerarquización* del mismo. Ya los testimonios literarios distinguen entre *poleis* o *urbes*, *civitates* y *vici* y *castella*. Trasladar esta terminología a las estaciones arqueológicas plantea ciertos problemas, pero en principio las primeras cabe referirlas a las que tradicionalmente se han considerado siempre como ciudades (*Numantia*, *Uxama*, *Pallantia*, *Cauca*, etc.); en todo caso, ha habido intentos de adecuación, como los de Taracena<sup>80</sup>, Wattenberg<sup>81</sup> o el reciente de Salinas de Frías<sup>82</sup>. Por nuestra parte, debemos añadir que los romanos en sus campañas seleccionan un número reducido de núcleos de población sobre los que concentran sistemáticamente las intervenciones militares, por supuesto teniendo en cuenta factores estratégicos. No es una casualidad que se citen repetidamente *Numantia*, *Termes*, *Pallantia*, *Cauca*, *Colenda*, *Contrebia*, *Ocilis* y *Uxama*.

Bajo el punto de vista arqueológico, numerosos autores se han referido a las superficies de éstas y otras ciudades, pero lo que aún no se ha hecho en el caso que nos ocupa es aplicar sistemáticamente las técnicas del análisis espacial<sup>83</sup>. Sería muy importante establecer las distancias entre los diversos núcleos —

<sup>74</sup> Martín Valls *et alii*, 1989.

<sup>75</sup> Palol y Wattenberg, 1974.

<sup>76</sup> Martín Valls y Delibes, 1978.

<sup>77</sup> Taracena, 1941, pp. 157-158.

<sup>78</sup> Romero, 1984c, p. 45.

<sup>79</sup> *Idem*, 1984b, p. 198.

<sup>80</sup> Taracena, 1954, pp. 224-227.

<sup>81</sup> Wattenberg, 1959, pp. 20-22.

<sup>82</sup> Salinas, 1986, pp. 85-100.

<sup>83</sup> Actualmente se realizan de este tipo por L. C. San Miguel y F. J. Lión Bustillo en Valladolid y Palencia, respectivamente.

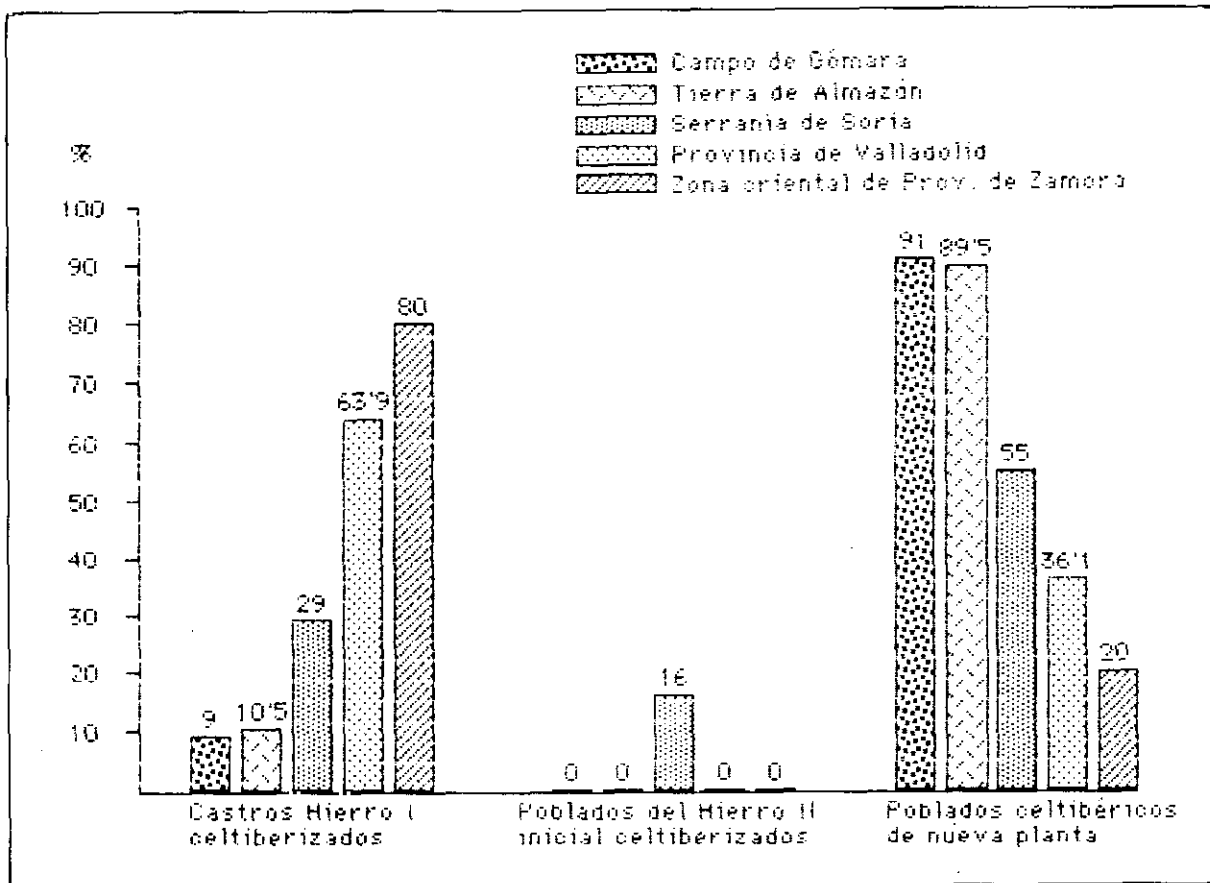


FIG. 1.—Continuidad e innovación en el hábitat celtibérico<sup>84</sup>.

no sólo los mayores<sup>85</sup>—, porque parece haber una cierta aproximación al «modelo de Lugar Central». En este sentido podemos aportar el ejemplo del importante castro de El Viso, que debe identificarse con la *Arbucale* de las campañas anibálicas<sup>86</sup>, en cuyas proximidades se halla un pequeño yacimiento abierto, Los Castros, que podría ser un caserío, junto al Duero, subordinado al gran *oppidum* que domina la comarca<sup>87</sup> y respecto al que pudo jugar un papel de abastecedor.

#### Arquitectura defensiva

Es bien sabido el hecho de que algunos poblados de la primera Edad del Hierro se rodearon de defensas artificiales, como el paradigmático Soto de Medinilla y los castros sorianos y zamoranos. También, aunque un poco más tarde, el castro de Los Castillejos de Sanchorreja, cuyo amurallamiento se produce en un momento del desarrollo de su segunda fase, es decir, entre el 500 y el 400 a.C., según la interpretación de

Maluquer<sup>88</sup>. La comparación de la muralla de Sanchorreja con las de otros castros podría permitir la generalización de dicha cronología; sin embargo, no existen argumentos decisivos en este sentido, aunque cabría darlo por válido mientras no tengamos otros puntos a que acudir y, en consecuencia, considerar que los poblados meseteños estaban ya fortificados cuando se produce el proceso de celtiberización.

No se nos escapa la dificultad de fechar las fortificaciones, sobre todo por falta de excavaciones encaminadas a tal fin, o porque las llevadas a cabo han sido infructuosas, como las recientes del Raso de Candeleda. Por ello, los argumentos que podemos emplear para salvar este escollo habrán de ser tipológicos e incluso, en la época tan tardía que estudiamos, histórico-arqueológicos.

El más antiguo ejemplo de fortificaciones de época estrictamente celtibérica es el de Salamanca. En el Teso de las Catedrales se ha documentado el basamento de una muralla sobre el que apoya un estrato celtibérico, que por los materiales que depara podría fecharse en los siglos III y II a.C.<sup>89</sup>. Es tentador mencionar *terminus ante quem* para esta muralla la expedición anibálica del 220 que, como se sabe, afectó de manera directa a dicha ciudad e incluso una de las fuentes que testimonia estos acontecimientos, Livio

<sup>84</sup> Los datos que han servido para la elaboración de este gráfico proceden de los trabajos siguientes: Borobio, 1985; Revilla, 1985; Romero, 1984c (comarcas sorianas); Palol y Wattenberg, 1974; Mañanes, 1979; Idem, 1983; Martín Valls y Delibes, 1978; García Alonso y Urcaga, 1985.

<sup>85</sup> Sacristán, 1984b.

<sup>86</sup> Martín Valls y Delibes, 1980.

<sup>87</sup> Idem, 1982, pp. 64-65.

<sup>88</sup> Maluquer, 1958, pp. 34 y 96.

<sup>89</sup> Martín Valls et alii, 1989.

(21. 5. 2) dice textualmente que *Helmantika* y *Arbucale* «fueron tomadas por asalto».

En la serranía soriana cabe destacar los castros de Ocenilla y Suellacabras, que parecen surgidos ahora. Este último será dotado con una muralla con paramentos múltiples<sup>90</sup>, fórmula ya conocida en la zona desde un momento anterior, como demuestra el caso de Calatañazor, cuya ocupación inicial puede remontarse a inicios de la segunda Edad del Hierro<sup>91</sup>. Respecto a Ocenilla<sup>92</sup>, su muralla podría hacer recordar la de Las Cogotas, pero un análisis minucioso de la misma, evidencia un trazado quebrado y lienzos rectos, particularidades que vamos a ver en otros castros de este momento.

En el extremo oriental del área celtibérica nos encontramos la muralla acodada del Castilviejo de Guijosa, para la que podría defenderse una cronología celtibérica<sup>93</sup>, sobre todo por su extraña disposición, que recuerda la fortificación en dientes de sierra del poblado ibérico del Pico del Aguila en Denia, fechable a partir del siglo IV a.C.

El yacimiento riojano de Inestrillas también parece haber sido defendido mediante una muralla levantada a fines del s. III o ya en el II, a causa de las campañas que origina la presencia romana<sup>94</sup>. No lejos de allí, en la Rioja alavesa, contamos con la fortificación del poblado de La Hoya, que ha sido fechada genéricamente en el momento celtibérico<sup>95</sup>.

En el borde septentrional de la Meseta, puede citarse el excepcional ejemplo de Monte Bernorio, en el que, con independencia de la antigüedad de la otra muralla que conserva, destacamos la muralla interna, que presenta un cuerpo saliente —el llamado Castillete— reforzado mediante otro muro con orificios que hacen pensar en un entramado de madera, técnica foránea en la Península y que denotaría influencia de la cultura de La Tène. Lógicamente, tales innovaciones se llevarían a cabo ante la presión romana<sup>96</sup>.

También en tierras palentinas, aludiremos a las murallas de *Pallantia*, que según Apiano (*B.c.*, I, 112) fueron incendiadas en las guerras sertorianas, por lo que cabe sospechar que eran de adobe y madera, como las del mencionado Soto de Medinilla. Hasta el momento no hay constancia arqueológica de tal muralla en ninguno de los dos grandes núcleos que cabe identificar con la *Pallantia* de las fuentes, Palenzuela y Palencia capital<sup>97</sup>.

Tres ejemplos más cabe aducir, ya en tierras occidentales, con respecto a este problema de las defensas de época celtibérica. En primer lugar, el castro de La Mesa de Miranda, donde el sistema constructivo de su tercer recinto —con un trazo rectilíneo, con torres cuadradas y un cuerpo de guardia también anguloso— contrasta vivamente con el de los dos primeros, análogo al de Las Cogotas. Cabe defender para aquél fechas más tardías, sobre todo porque fosiliza la

parte más importante de la necrópolis, pudiéndose llevar su construcción a la primera mitad del siglo II, en conexión con las campañas romanas<sup>98</sup>. Un segundo ejemplo, el también abulense de El Raso, con sus complicadas defensas —muralla, seis fosos y barreras de piedras hincadas—, parece que debe datarse con posterioridad al siglo III, porque en su interior no se ha hallado ningún material anterior a esa centuria<sup>99</sup>.

El último es el del castro de Santiago de Villalcampo. Pese a que la construcción de una central eléctrica ha destruido el yacimiento, las noticias de Gómez Moreno<sup>100</sup> y los escasos vestigios que subsisten nos permiten, sin embargo, afirmar que se trataba de una fortificación con torres cuadradas regularmente espaciadas, sistema defensivo característico, como vemos constantemente, del momento de la conquista.

Así pues, no todos los yacimientos celtibéricos se fortificaron, pero los que lo hicieron fue en virtud de su especial importancia económica y política, que constituiría un estímulo en las operaciones de conquista. El caso de *Salmantica* es un buen exponente de lo que decimos, puesto que la ciudad se asienta en el contacto de dos zonas de economía complementaria —agrícola en la Armuña y ganadera en las penillanuras al otro lado del Tormes— y su muralla fue levantada inmediatamente antes de la expedición del cartaginés. Entre los que se dotan de fortificación, conviene insistir en los modelos constructivos que presentan. Frente a las murallas de trazado curvilíneo, con lienzos continuos y sin cuerpos salientes, del momento anterior, ahora se repite la tendencia a la planta quebrada, con cuerpos de guardia y torres cuadrangulares, que preludian las fortificaciones romanas.

#### *Arquitectura doméstica*

Al considerar el problema de las viviendas de los poblados, nos encontramos una vez más con una falta muy notable de información, que obedece a varias causas. Por una parte, la falta de excavaciones en extensión; por otra, cuando éstas han sido realizadas no siempre es fácil atribuir las viviendas a un momento concreto de la segunda Edad del Hierro, lo cual nos impide conocer con exactitud los cambios que ha podido producir la celtiberización en relación con la arquitectura doméstica.

También, de manera un tanto intuitiva, podemos comenzar señalando que durante algún tiempo debió de persistir la antigua situación: en Sanchorreja —castro que, como es bien sabido, apenas llega a conocer la celtiberización, a juzgar por las escasas cerámicas a torno de raigambre celtibérica en él detectadas<sup>101</sup>— ningún tipo de modificación se observa en cuanto a la tipología y distribución de las viviendas. En el castro de Las Cogotas es sobradamente conocido un conjunto de viviendas adosadas al paramento interno de la muralla, que recuerdan por ello a las del valle del Ebro. Estas viviendas, que debieron de construirse inmediatamente después a la

<sup>90</sup> Romero, 1984c, p. 66.

<sup>91</sup> *Ibidem*, p. 66.

<sup>92</sup> Taracena, 1941, pp. 122-124.

<sup>93</sup> Esparza, 1987, p. 360.

<sup>94</sup> Hernández Vera, 1982, p. 133.

<sup>95</sup> Llanos, 1976, p. 5.

<sup>96</sup> Esparza, 1982.

<sup>97</sup> Martín Valls, 1984, p. 36.

<sup>98</sup> *Idem*, 1985, p. 129.

<sup>99</sup> Fernández Gómez, 1936, p. 538.

<sup>100</sup> Gómez Moreno, 1927, pp. 33-38.

<sup>101</sup> Maluquer, 1958, pp. 51-52.

edificación de la muralla sobre la que apoyan, son de un momento anterior, aunque han proporcionado tiestos celtibéricos.

Si pasamos ya a viviendas estrictamente celtibéricas, tenemos en primer lugar la persistencia de casas circulares en el poblado de Montealegre<sup>102</sup>. Ahora bien, en el tantas veces mencionado Soto de Medinilla, donde persiste el adobe como material de construcción, ahora se incorpora la piedra y en cuanto a los pavimentos los hay de arcilla, como en la fase anterior, aunque es novedad el piso de cantos rodados; con todo, el cambio más llamativo es la imposición definitiva de la planta rectangular, análoga a la de la mayoría de los castros, aunque muy excepcionalmente —recuérdese el castro soriano del Zarranzano<sup>103</sup>— pueda darse la situación inversa, es decir, la sustitución de la planta angulosa por la circular.

Se conocen viviendas rectangulares celtibéricas en Padilla de Duero<sup>104</sup>, y de forma imprecisa en Roa<sup>105</sup>, Coca<sup>106</sup> y Cuéllar<sup>107</sup>. Sin embargo, sólo se han estudiado hasta ahora las de los poblados riojanos de La Hoya e Inestrillas y algunos sorianos. Las mejor conocidas son las de La Hoya<sup>108</sup>, donde las vemos divididas en tres partes, estucadas y pintadas, siguiendo la tradición de Cortes de Navarra; por otro lado, en Inestrillas<sup>109</sup>, Numancia<sup>110</sup> o en la propia Tiermes<sup>111</sup>, llama la atención el carácter semirrupestre de algunas de ellas, además de la probable presencia de altillos o pisos superiores.

### Rasgos étnicos

Tras analizar los rasgos arqueológicos que conforman el proceso de la celtiberización, resta aludir, aunque sea brevemente, a sus posibles componentes étnicos. Recordemos únicamente que Wattenberg, por ejemplo, se referiría al conglomerado vacceo-arévaco como integrante de los pueblos váceto-ilirios<sup>112</sup>; anteriormente, Bosch-Gimpera mencionaba la entrada en la Península del conglomerado de los Belgas, cuyo grupo principal sería el de los Bellovacos, compuesto por vacceos y arévacos<sup>113</sup>. Olvidadas ya estas teorías, principalmente por su escaso fundamento arqueológico, se ha producido un vacío en la investigación en lo tocante al estudio de la posible equipara-

ción entre entidades arqueológicas y agrupaciones sociales, lingüísticas y raciales<sup>114</sup>.

Con todo, cabe destacar los avances, laboriosamente conseguidos, en el estudio de las inscripciones y la lengua celtibéricas<sup>115</sup>. Podemos aludir a ciertas conclusiones ya sólidamente fundamentadas: parece claro que la existencia de una escritura celtibérica —variedad de la ibérica— se explica como adaptación particular, de acuerdo con las necesidades de la lengua celtibérica<sup>116</sup>. Por lo tanto, la dispersión de algunas de las *tesserae* más antiguas —Palenzuela, Sasamón, Osma, Numancia— y la identificación de algunas cecas monetales —*kolounioku*/Clunia; *usámus arkailikoš*/Uxama— nos obligan a concluir que en buena parte del área cultural que nosotros llamamos celtibérica se hablaba la lengua que los filólogos llaman celtibérica.

Es lástima que las zonas más hacia el centro y oeste de la cuenca del Duero no hayan dado lugar —tal vez por su menor grado de evolución— a otros testimonios epigráficos análogos. Y señalaremos finalmente que el hecho de que una sola lengua, la celtibérica, fuese hablada en las áreas de *dos* culturas arqueológicas (y sólo en una parte de dichas áreas) ilustra las dificultades que debe arrastrar una investigación de síntesis.

Estas dificultades tal vez se atenúen si añadimos los testimonios literarios sobre los pueblos celtibéricos, pues explican un poco la situación. Ptolomeo al referirse a los celtiberos propiamente dichos les asigna una pequeña zona de la Meseta Norte, el valle medio del Ebro, en su orilla derecha, y sobre todo el valle del Jalón. Este territorio tan restringido contrasta con la visión de otros autores, como Polibio (35, 2), que menciona entre los celtiberos a los arévacos, bellos y tittos, testimonio que se completa con las noticias de Estrabón (III, 4, 13), quien añade a los lusones. Es posible, incluso, que la «quinta parte», a la que aluden ciertos autores, fuesen los vacceos —recuérdese que Apiano (*Iber.*, 50) los cita como el otro *genos* de los celtiberos<sup>116 bis</sup>— con lo que el conglomerado celtibérico ocuparía una gran extensión de la Meseta, desbordándola por la parte oriental. Vistas así las cosas, la arqueología no está tan en desacuerdo con las noticias de los escritores clásicos.

### Influencias de La Tène

Un último aspecto que hemos de considerar es la aportación céltica —entendiendo este término como equivalente al mundo de La Tène— a la cultura celtibérica. Ya Wattenberg aludía al fondo laténico de esta cultura<sup>117</sup>, pero de una manera tan genérica que tal opinión requiere ciertas precisiones.

Las piezas latenenses que más llaman la atención son las fibulas, pero en realidad, como hemos visto, éstas no son, por el momento, los indicadores más

<sup>102</sup> Bail-Martin Valls, 1988, p. 14.

<sup>103</sup> Romero, 1984c.

<sup>104</sup> En el poblado de Las Quintanas hay viviendas rectangulares de adobe y con cubierta a base de entramado de madera y techumbre vegetal (Sáenz Mínguez, *et alii*, 1984, p. 14).

<sup>105</sup> En Roa, los sondeos realizados en diversos puntos han permitido documentar repetidamente la existencia de pavimentos de arcilla endurecida al fuego, generalmente con una base de preparación; pero no se ha podido determinar en ningún caso la planta de los edificios, que parece haber sido de adobe, con cubierta vegetal y seguramente sótanos y basureros excavados. (Sacristán, 1986a, pp. 141-143 y 147-149).

<sup>106</sup> Blanco García, 1987, p. 23.

<sup>107</sup> Como en Roa, los problemas de arqueología urbana apenas han permitido sino reconocer que en la fase celtibérica había construcciones de adobe con cimientos de piedra, pisos de barro y silos excavados. (Barrio, 1989, pp. 637-638 y Apéndice, *passim*.)

<sup>108</sup> Llanos, 1976, pp. 6-9; *Idem*, 1988, p. 71.

<sup>109</sup> Hernández Vera, 1982, p. 163.

<sup>110</sup> Taracena, 1941, pp. 72-73.

<sup>111</sup> *Ibidem*, p. 106.

<sup>112</sup> Wattenberg, 1959, p. 180.

<sup>113</sup> Bosch-Gimpera, 1954, pp. 328-329.

<sup>114</sup> Sólo recientemente se vuelve a intentar la integración. *Vid.* Almagro Gorbea y Lorrio, 1987.

<sup>115</sup> Citaremos únicamente las síntesis recientes de J. de Hoz, donde se recoge el estado de la cuestión y la ingente bibliografía (Hoz, 1986, 1988).

<sup>116</sup> *Idem*, 1986, p. 49.

<sup>116 bis</sup> *Vid.* Tovar, 1989, p. 102.

<sup>117</sup> Wattenberg, 1960, p. 162.

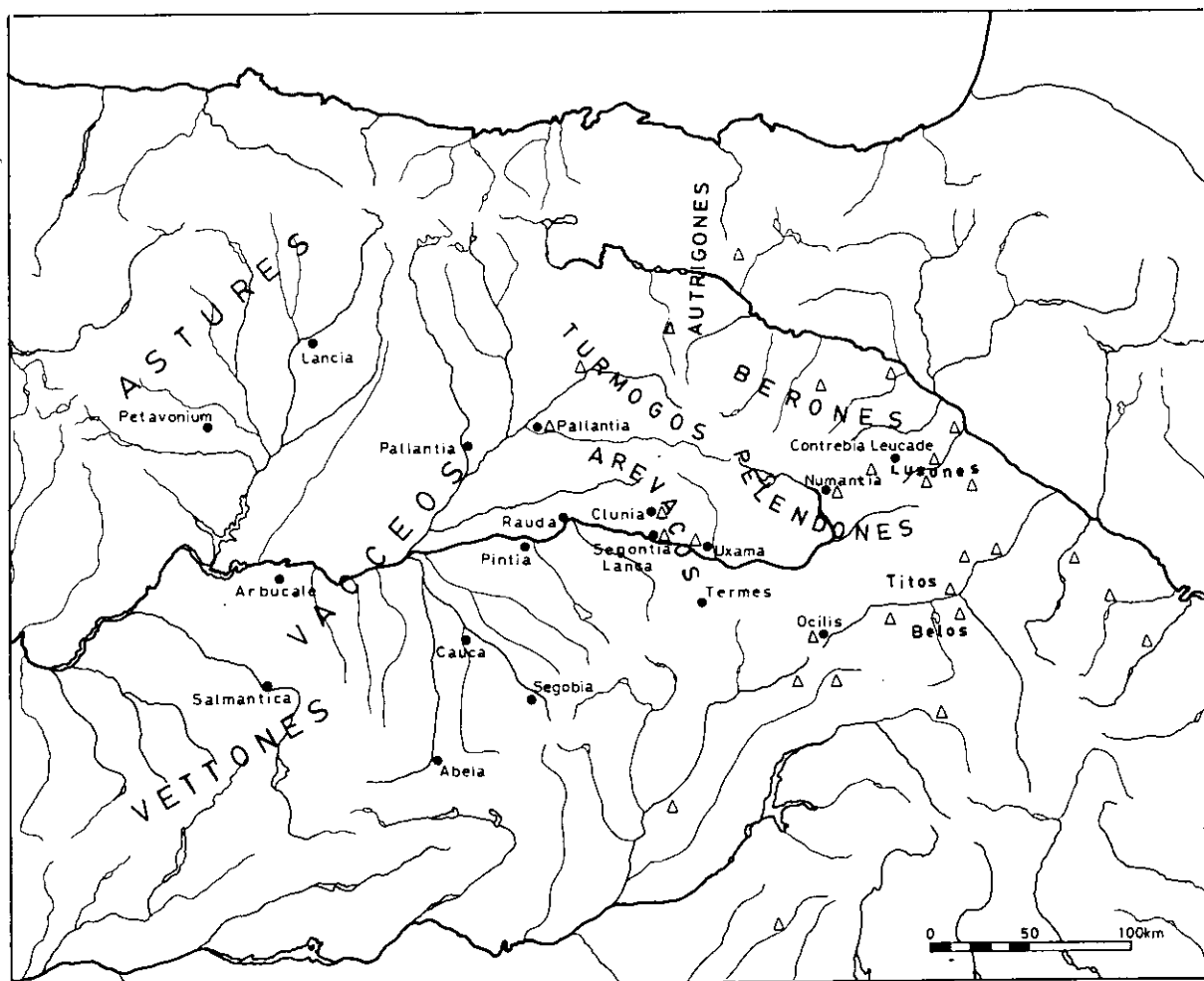


FIG. 2.—La Meseta Norte en época celtibérica. (Δ Hallazgos de escritura celtibérica).

fiables para rastrear el impacto de La Tène en el mundo celtibérico, con la salvedad de las simétricas. A diferencia de las restantes, estas piezas presentan una dispersión coincidente con el área cultural celtibérica y su derivación respecto de modelos renanos es indiscutible. Ahora bien, los ejemplares meseteños más antiguos arrancan necesariamente de tales modelos en el Ha D-LT A<sup>118</sup>, lo cual quiere decir que son muy anteriores al despegue de la cultura celtibérica.

Con respecto al armamento, disponemos de un corto número de espadas, umbos de escudo y cascos, lo cual explica, además de las mal conocidas asociaciones, lo difícil de extraer conclusiones válidas. Las espadas han sido interpretadas por Schüle<sup>119</sup>, al que sigue Stary<sup>120</sup>, como meras imitaciones locales de las ultrapirenaicas; sin embargo, más recientemente Lenerz de Wilde sostiene con sólidos argumentos que al menos una parte de ellas son verdaderas importaciones de La Tène, teniendo en cuenta sobre todo sus vainas<sup>121</sup>. Esta investigadora da a conocer una tumba de Quintanas de Gormaz, en la que figuran una espada

con su vaina, decorada ésta con el típico tema de dragones afrontados, y una fibula de puente cintiforme simple y con apéndice caudal zoomorfo<sup>122</sup>, enterramiento que ha de llevarse sin lugar a dudas al siglo IV, esto es, también con anterioridad al mundo celtibérico. Esta datación, que parece firme, puede ser aplicada a la tumba «D» de Monreal de Ariza, que también contenía una espada y una vaina análogas, aunque no sabemos si ésta llevaría decoración<sup>123</sup>. Y por último, puede citarse otra tumba con espada y vaina de La Tène, esta vez de Osma, acompañadas por un broche de cinturón calado de gran pureza latenense, idéntico a otro de La Osera, lamentablemente sin contexto. Ambos broches corresponden a un modelo bien conocido en la cultura de Hunsrück-Eifel y en el Marne<sup>124</sup>, y nos remiten igualmente a fechas antiguas, anteriores a la cultura celtibérica.

Si pasamos a los umbos, no existe ni uno solo del tipo de aletas —que como es bien sabido es el genuino de La Tène— en el área celtibérica, apareciendo

<sup>118</sup> Sangmeister. 1960.

<sup>119</sup> Schüle. 1969. p. 105.

<sup>120</sup> Stary. 1982.

<sup>121</sup> Lenerz de Wilde. 1986. p. 273.

<sup>122</sup> *Idem*. 1981. lám. 63, 1-5; *Idem*. 1986. pp. 273-274; Cabré y Morán. 1978. fig. 8. 8 y p. 20.

<sup>123</sup> Schüle. 1969. lám. 66.

<sup>124</sup> Lenerz de Wilde. 1981.

únicamente en el mundo ibérico<sup>125</sup>. Contamos sin embargo con unos pocos umbos redondos y cerrados, para los que habría que considerar también su parentesco con los de La Tène. En efecto, en el período LT D2 se documenta este tipo de umbo, sobre todo en las áreas periféricas de la Céltica<sup>126</sup>, pero la cronología que de este paralelo se deriva —segunda mitad del siglo I a.C.<sup>127</sup>— es inaceptable para los ejemplares de Quintanas de Gormaz<sup>128</sup> y de Monreal de Ariza<sup>129</sup>, con espadas de antenas y de La Tène II, respectivamente; y muy difícilmente admisible para los de las tumbas 1359 (con puñal tipo Monte Bernorio) y 605 (con puñal biglobular de frontón) de las Cogotas<sup>130</sup>.

Los cascos «célticos» de la Península Ibérica han sido estudiados repetidamente en los últimos años<sup>131</sup>. En la Meseta se conocen dos ejemplares<sup>132</sup>, que provienen de Quintana Redonda (Soria) y Pago de Gorrita (Valladolid); este último ha sido interpretado en una primera aproximación como celto-itálico y relacionado «con el aporte europeo a la formación de lo que se ha dado en denominar mundo o cultura celtibérica<sup>133</sup>», aunque con posterioridad se sugiere su llegada en relación con la campaña anibálica<sup>134</sup>. Ambos cascos responden, sin embargo, a tipos itálicos usados por el ejército romano, careciendo por completo de la ornamentación que distingue a los tipos auténticamente laténicos, como recientemente ha señalado Lenerz de Wilde<sup>135</sup> y tendremos ocasión de completar más adelante con nuevos datos.

Frente a estas piezas tan discutibles cabe considerar ahora las trompas de barro procedentes de Numancia<sup>136</sup>. La terminación de algunas de ellas en fauces abiertas de carniceros recuerda absolutamente los *carnyx* galos<sup>137</sup>. No creemos que pueda ponerse en duda la vinculación de estas piezas al mundo de La Tène, al igual que sucede con algunos recipientes cerámicos.

Existen, en efecto, dos vasos palentinos, uno de la capital<sup>138</sup> y otro de Tariego<sup>139</sup>, que pueden paralelizarse con piezas europeas. El primero, un vaso con «doble hombro», que apareció en un tesoro depuesto durante las guerras sertorianas, debe ser relacionado con el vaso húngaro de Hidégseg<sup>140</sup>, que se fecha en la tercera centuria, mientras que el segundo recuerda por su forma las cerámicas laténicas armoricanas<sup>141</sup> y

por el juego de colores empleados en su decoración metopada las del último período de La Tène.

Todos estos elementos permiten defender solamente una matizada influencia de la cultura de La Tène en el mundo celtibérico. Su comienzo se rastrea especialmente en un momento en que la cultura celtibérica aún no está formada<sup>142</sup> y cuando ésta existe, las aportaciones son muy dispersas tanto en el espacio como en el tiempo.

### 3. COMIENZO DE LA PRESENCIA ROMANA EN EL AREA CELTIBERICA

Sobre el panorama cultural aludido comienzan a percibirse las primeras importaciones romanas. Desde luego, la presencia de elementos foráneos no es nueva, puesto que en siglos anteriores la Meseta había sido alcanzada por productos exóticos, como la cerámica ática o los mencionados elementos de La Tène; sin embargo, los objetos romanos empiezan a documentarse ahora, aunque por desgracia, tanto en poblados celtibéricos como en necrópolis, sean escasos. Citaremos entre los primeros los vasos campanienses de Inestrillas<sup>143</sup>, Izana<sup>143 bis</sup>, Numancia<sup>144</sup> y Roa<sup>145</sup> y sendos fragmentos procedentes de Osma<sup>146</sup>, Coca<sup>147</sup>, Las Cogotas<sup>148</sup>, La Mesa de Miranda<sup>149</sup>, Salamanca<sup>150</sup> y Toro<sup>151</sup>; entre los segundos, varios vasos de La Osera<sup>152</sup>, alguno de los cuales podría remontar al siglo III a.C., y un fragmento de Padilla de Duero<sup>153</sup>.

El numerario romano también hace acto de presencia ahora. Mencionaremos hallazgos esporádicos de ases republicanos —El Raso de Candeleda<sup>154</sup>, Arrabalde, inmediaciones de Zamora<sup>155</sup>, Torozos<sup>156</sup>—, que por su metrología se podrían situar a partir del comedio del siglo II a.C., y numerosos denarios, una buena parte de ellos integrando atesoramientos, muchas veces en compañía de joyas. El valor de estos documentos es muy relativo, no sólo porque su carácter de término *post quem* restringe la eficacia de datación de lo indígena, sino también desde el punto de vista económico y cultural, ya que no cabe hablar todavía de auténtica economía monetaria, al menos en la mitad occidental.

Ni que decir tiene que cerámicas y monedas, además de otros muchos objetos, se concentran en los

<sup>125</sup> Stary, 1982, pp. 119-120, mapa 2.

<sup>126</sup> Brunaux y Lambot, 1987, p. 130 (Renania); Dechelette, 1927, fig. 388 (Silesia), 444 (Prusia) y 495 (Carniola).

<sup>127</sup> Brunaux y Lambot, 1987, p. 130.

<sup>128</sup> Schüle, 1969, lám. 40, 4.

<sup>129</sup> *Ibidem*, lám. 66, 6.

<sup>130</sup> Cabré, 1932, lám. LXIX y LXXIII.

<sup>131</sup> Abasolo y Pérez, 1980; Stary, 1982.

<sup>132</sup> Wattenberg, 1959, tabla XVIII (casco tipo 3) cita un ejemplar de Aguilar de Anguita y Stary (1982, pp. 132 y 134) recoge esta cita, pero tal ejemplar no corresponde a este tipo (Vid. Schüle, 1963, lám. 3, 27).

<sup>133</sup> Abasolo y Pérez, 1980, p. 114.

<sup>134</sup> *Idem*, 1985, p. 48.

<sup>135</sup> Lenerz de Wilde, 1986, p. 273.

<sup>136</sup> Wattenberg, 1963, tablas XV y XVI. Una representación de trompa de guerra puede verse en un as de la ceca de *Louitiskos* (Guanan, 1979, p. 76 y fig. 27).

<sup>137</sup> Dechelette, 1927, pp. 683-686.

<sup>138</sup> Raddatz, 1969, fig. 16, 2.

<sup>139</sup> Castro y Blanco, 1975, lám. XXXVI, 9.

<sup>140</sup> Duval, 1977, p. 256.

<sup>141</sup> Dechelette, 1927, fig. 633, 1.

<sup>142</sup> Recuérdense las vainas de las espadas de antenas más notables de La Osera e incluso de alguno de los puñales de Miraveche (Lenerz de Wilde, 1986).

<sup>143</sup> Hernández Vera, 1982, pp. 58, 60, 113 y 174-179.

<sup>143 bis</sup> Taracena, 1927, p. 12.

<sup>144</sup> Taracena, 1941, p. 76.

<sup>145</sup> Sacristán y Pérez, 1986-88.

<sup>146</sup> Taracena, 1941, p. 133.

<sup>147</sup> Blanco García, 1986, p. 14; *Idem*, 1987, pp. 23 y 27.

<sup>148</sup> Cabré, 1930, pp. 71 y 109.

<sup>149</sup> Cabré *et alii*, 1950, p. 36.

<sup>150</sup> Martín Valls, *et alii*, 1989.

<sup>151</sup> Martín Valls, en prensa.

<sup>152</sup> Cabré *et alii*, 1950, pp. 84 (tumba 14) y 129 (tumba 338).

<sup>153</sup> Mañanes, 1983, p. 162 y fig. 95, 1.

<sup>154</sup> Fernández Gómez, 1986, p. 448.

<sup>155</sup> Martín Valls, en prensa.

<sup>156</sup> Wattenberg, 1959, lám. XIV, 7.

campamentos romanos de las inmediaciones de Numancia, por lo que podemos suponer que es el ejército en sus continuos desplazamientos quien actúa, aun sin proponérselo, como agente difusor de elementos culturales. También es verdad que los romanos adoptaron algunos elementos propios de sus enemigos, como las armas, señaladamente el puñal biglobular con su característica vaina con abigarrada decoración geométrica<sup>157</sup>, que llega a ser modelo usual en el ejército altoimperial: el riguroso paralelismo formal de los puñales romanos con los celtibéricos<sup>158</sup>, la gran ventaja cronológica de los meseteños y su presencia en los campamentos de época republicana<sup>159</sup> prueban claramente tal relación<sup>160</sup>. Y si recordamos aquellos umbos circulares cerrados de pretendida influencia laténica, también cabría plantear, aún con ciertas dudas, el origen hispánico de algunos de los umbos de las *parmae* de los vélites romanos.

Sin embargo, a la postre, la influencia que predomina es la de sentido inverso. Ya se ha aludido a que ciertas fibulas laténicas eran propias de los soldados, por lo que a través de ellos pudieron haber sido conocidas, al igual que otros objetos, por los indígenas, bien de manera pacífica en los momentos de tregua bien como producto del botín en los momentos de lucha. Un hallazgo especialmente revelador en este último sentido es el casco del Pago de Gorrita que, como hemos anticipado, se interpretó como indicador de la aportación céltica a la cultura celtibérica; sin embargo, la realidad es bien diferente, pues un fragmento de dicho casco, correspondiente al cubrenuca, porta una inscripción latina, N. PAQVI, referida al propietario, probablemente oriundo de la *Regio IV*<sup>161</sup>. También con los avatares de la guerra cabría relacionar el casco de Quintana Redonda que terminará ocultándose con dos tazas de plata y 1.300 o 2.500 denarios ibéricos —la mayor parte de Bolscan— y romanos, con ocasión de las guerras sertorianas<sup>162</sup>.

Cuando poco a poco se va haciendo efectiva la dominación romana, sobre todo a partir de la caída de Numancia, el panorama arqueológico de la Meseta, unificado en cierta forma por la cultura celtibérica, aún va a sufrir ciertas transformaciones, bien por propia evolución bien por las aportaciones de los recién llegados, que paulatinamente se irán imponiendo. Este proceso significará, en suma, la desaparición de la cultura celtibérica, precisamente en el momento en que ésta había alcanzado o estaba a punto de alcanzar su máximo esplendor.

#### 4. REFLEXIONES SOBRE LA CULTURA CELTIBERICA DURANTE LA DOMINACION ROMANA

##### *La cerámica*

Si la presencia romana va a condicionar de manera decisiva el hábitat indígena, que lógicamente tendría que adaptarse a la nueva situación política y administrativamente tan distinta, la cultura material, en un principio, permanece inalterable e incluso conoce momentos de auge. Tal es el caso de la *cerámica*, que ahora alcanza un enorme desarrollo, evidenciado por sus múltiples formas —algunas de ellas, las menos, inspiradas en piezas romanas—, su variada decoración y sobre todo por la dispersión de estas producciones.

Con respecto a esta última, no nos referimos sólo al alcance geográfico de las producciones celtibéricas, —que ahora llegarán incluso a los confines occidentales—, sino también a la existencia de centros perfectamente identificables por rasgos estilísticos peculiares. Nos referimos al foco numantino, con sus archiconocidas producciones policromas<sup>163</sup> y al círculo vacceo, caracterizado por temas como las gallináceas o los enigmáticos trazos sinuosos que cuelgan de diversos motivos.

Caracteriza esta última época la proliferación de formas cerámicas muy especializadas, como las cajitas —de amplia difusión en el ámbito celtibérico— los sonajeros, los pies votivos, etc. Respecto a los recipientes habituales parece detectarse una regresión de los de gran tamaño en favor de los cuencos, aunque esto no signifique la desaparición de aquéllos, seguramente sustituidos por manufacturas locales. Ante todo se produce ahora un enriquecimiento de las formas conocidas, pudiéndose citar como ejemplo en este sentido las copas que se engalanan con anillas colgadas de sus asas o los vasos a los que se aplican asas postizas no funcionales y con carácter meramente decorativo. Y tal vez ahora tienen una cierta importancia las jarras, bien de pico vertedor o las llamadas tipo *bock*, aunque no se descarte para ambos un origen anterior.

Pero son las decoraciones quienes mejor nos documentan este postrer momento de la cerámica celtibérica. Dejando aparte las cerámicas policromas, cuyo máximo exponente es el foco numantino, pero que no se limitan sólo a ese centro, puesto que las hay, bien es verdad que más pobres, en Langa de Duero, Coca, Ciudad Rodrigo, Avila, Segovia, Tariego, Pago de Gorrita<sup>164</sup> y un largo etcétera, alcanzan ahora cierta personalidad las representaciones monocromas de figuras humanas y de animales. De entre estas últimas queremos mencionar los del «vaso de los jinetes» del castro de Las Cogotas<sup>165</sup> y las representaciones de gallináceas de El Soto de Medinilla<sup>166</sup> y de Avila, estas últimas en color vinoso, lo cual constituye otra novedad del tardoceltiberismo. Otras aportaciones

<sup>157</sup> Vid. Wattenberg, 1960, p. 158; Bruhn de Hoffmeyer, 1972, pp. 48-50; Schüle, 1969, p. 106.

<sup>158</sup> El mal estado de conservación y la escasez de restauraciones reduce las posibilidades de comparación. No obstante, cf. la decoración de la vaina del puñal legionario de Oberarmengau (Danheimer y Fink, 1968, p. 138) con las vainas de las espadas de las tumbas 513 de Las Cogotas y 509 de La Osera, en las que deben de estar los precedentes remotos de las celtibéricas.

<sup>159</sup> Schulten, 1931, p. 245 y láms. 34, 1-3 y 43 (Castillejo); *Idem*, 1929, lám. 45, 1 (Renieblas); Ulbert, 1984, lám. 25, 196, 197 y 198 (Cáceres). Vid. también Scott, 1985, p. 161.

<sup>160</sup> Vid. también Ulbert, 1984, p. 108.

<sup>161</sup> CIL, IX, 2847, 2827, 2857, 3733, 2845 = 2846, 2902, 6078 (128). La mayor parte proceden de *Histonium*, tribu Arnensi. Sobre este casco, vid. Martín Valls y Esparza, en prensa.

<sup>162</sup> Raddatz, 1969, pp. 242-243 y 165.

<sup>163</sup> Wattenberg, 1963; Romero, 1976.

<sup>164</sup> Romero, 1982, p. 43.

<sup>165</sup> Cabré, 1930, lám. LX.

<sup>166</sup> Wattenberg, 1959, p. 191, n.º 5.

temáticas serían los pares de ojos —especialmente comunes en las jarras—, los reticulados, los triángulos rellenos de líneas paralelas, las cruces de Malta, las franjas verticales que encierran una onda o una serie de puntos, etc.

### *Miniaturización de los ajuares funerarios*

Estos cambios en las decoraciones cerámicas, que están evidenciando una nueva sensibilidad, cabría ponerlos en relación con ciertas modificaciones en las costumbres funerarias. Nos referimos a la sistemática insistencia en la miniaturización de los ajuares funerarios. El máximo exponente de este hecho lo tenemos hoy en la necrópolis de Palenzuela, donde numerosas tumbas contienen diversos objetos de hierro, tales como azadas, trébedes, parrillas y vasos cerámicos, de muy pequeñas dimensiones<sup>167</sup>. Tan elevado número excluye el que sean enterramientos infantiles —que debían de realizarse más bien bajo el suelo de las viviendas, como sucede en La Hoya<sup>168</sup> y Tariago<sup>169</sup>— por lo que se trata evidentemente de un cambio en un aspecto del ritual funerario. No sabemos cuando empezaría a producirse ni el porqué, pero un ajuar en miniatura de la tumba 1442 de Las Cogotas nos inclina a pensar que tal costumbre debió de comenzar con anterioridad al momento que nos ocupa.

### *El hábitat*

No cabe duda, ya lo hemos anticipado, que la presencia romana condicionó decisivamente las *características del hábitat* indígena. Es idea común que la conquista significó, bajo el punto de vista del poblamiento, un cambio sustancial, en el sentido del abandono de los emplazamientos defensivos por otros en la llanura, cuando menos, en zonas menos agrestes.

La arqueología, por el contrario, nos informa del limitado alcance de tal visión. En una somera revisión bibliográfica cabe destacar el caso paradigmático de Numancia, de la que se ha dicho que fue arrasada y que su reconstrucción quedó prohibida<sup>170</sup>. A menudo se ha aceptado sin matices tal interpretación, admitiéndose que la ciudad sólo renacerá en época augustea<sup>171</sup>. Algunos hallazgos arqueológicos, sin embargo, parecen indicar lo contrario: por una parte, ciertos vestigios de modestas viviendas posteriores al 133 a.C.<sup>172</sup> y los propios niveles de la debatida estratigrafía de Wattenberg<sup>173</sup>, además de la interpretación que este autor hizo sobre las de Können<sup>174</sup>; por otra, cabe recordar que en el solar de Numancia se recogieron aquí y allá<sup>175</sup> cerámicas campanienses

sincrónicas al momento de la conquista<sup>176</sup>. Con todo, el argumento más contundente en favor de la persistencia de la vida de la ciudad, lo constituye el gran conjunto de la «cerámica numantina», que tras los trabajos de Wattenberg, han de situarse sin lugar a dudas después del 133 a.C.<sup>177</sup>.

Otros núcleos de población que no sufrieron, por lo que sabemos a través de las fuentes literarias, grandes destrucciones, lógicamente continuaron existiendo en los primeros tiempos de la dominación romana. Se podrían citar un sinnúmero de ejemplos relativamente bien documentados en toda la Cuenca del Duero, tales como Uxama<sup>178</sup>, Segovia, Cuéllar, Coca<sup>179</sup>, Padilla<sup>180</sup>, Roa<sup>181</sup>, Palencia<sup>182</sup>, Paredes de Nava, Lancia, Salamanca, Ciudad Rodrigo<sup>183</sup>, etc.

No queremos decir con todo ello que bajo la dominación romana no se produjesen modificaciones en el hábitat urbano. Un caso especialmente interesante en este sentido es el de *Salamantica*, que sufre ahora una importante reforma: el espacio urbano se constriñe al Teso de las Catedrales, por lo que puede hablarse de una auténtica *remodelación*, cuyo resultado es una ciudad más acorde con la visión romana y en la que jugaría un papel destacado la vía llamada de la Plata<sup>184</sup>.

Frente a todos estos ejemplos que contradicen aquella idea tradicional, otros parecen avalarla, al menos parcialmente. En el borde suroccidental de la región, el proceso de la despoblación de los castros se observa con relativa claridad. Así, en Las Cogotas, apenas existen testimonios de época romana<sup>185</sup>, algo análogo ocurre en La Mesa de Miranda y en Ulaca, donde el único vestigio de época tardía lo constituye un denario de la ceca de *afekofata*, que habría que llevar a los comienzos del siglo I a.C.<sup>186</sup>.

En el mismo sector, en el lugar que hoy ocupa la ciudad de Avila, surge —o se vitaliza— un poblado cuyo origen no conocemos, pero en el que diversos hallazgos atestiguan un momento de esplendor hacia

<sup>176</sup> La cronología de los vasos citados por Wattenberg, según los criterios de Morel (Morel, 1981) nos conduce repetidamente a la primera mitad o mediados del II a.C. Téngase en cuentas que estas fechas se refieren a hallazgos italianos.

<sup>177</sup> Wattenberg, 1963, capítulo II.

<sup>178</sup> Su cementerio tradicional continúa en uso hasta el siglo I a.C., aunque ahora se empleará fundamentalmente una nueva necrópolis más próxima a la ciudad (García Merino, 1987, pp. 76-77). No debe olvidarse, por otro lado, que Uxama acuñará numerario ibérico durante la primera mitad del siglo I a.C. (*Ibidem*, pp. 75-76).

<sup>179</sup> Blanco García, 1986, p. 15.

<sup>180</sup> Sanz Mínguez *et alii*, 1989, pp. 9 y 22.

<sup>181</sup> *Vid.* también Sacristán y Pérez Rodríguez, 1988, p. 84.

<sup>182</sup> Prescindiendo del problema de su posible ocupación desde el siglo II, puede afirmarse la existencia de un potente estrato celtibérico-tardío que ha sido puesto en relación con las campañas sertorianas (Palol, 1966, p. 33), al igual que los tres tesoros de joyas celtibéricas, dos de ellos exhumados en el solar de la ciudad y el tercero en las inmediaciones (Raddatz, 1969, pp. 232 y 234-235).

<sup>183</sup> En Salamanca y Ciudad Rodrigo se constata una absoluta continuidad entre el mundo indígena y el alto imperial; en los demás castros —Yecla de Yeltes, Las Merchanas, etc.—, cuyo «esplendor» conocemos en el Bajo Imperio, debió de producirse la misma continuidad, a juzgar por los indicios, la tésera de Las Merchanas o el término augustal de Yecla de Yeltes.

<sup>184</sup> Martín Valls *et alii*, en prensa.

<sup>185</sup> Recuérdese el único fragmento citado en la nota 148 y una moneda de Augusto de la ceca de Emerita (Cabré, 1930, p. 38, nota 1).

<sup>186</sup> Posac, 1953, p. 71.

<sup>167</sup> Martín Valls, 1984, pp. 39 y 43.

<sup>168</sup> Llanos, 1976.

<sup>169</sup> Calleja, 1976, p. 83.

<sup>170</sup> Sobre esta compleja cuestión, *vid.* Recio, 1972.

<sup>171</sup> Taraceña, 1941, p. 77.

<sup>172</sup> Schulten, 1945, p. 255.

<sup>173</sup> Wattenberg, 1972; Beltrán, 1972.

<sup>174</sup> Wattenberg, 1963, pp. 17-25.

<sup>175</sup> Comisión, 1912, p. 46; Taracena, 1941, p. 76; Wattenberg, 1963, recoge como campanienses los n.º 837 y 919 y como derivados los n.º 493, 916, 952, 960 y 975 a 978.



la mitad de ese mismo siglo<sup>187</sup>. Tal hecho coincide curiosamente con la falta de testimonios de ocupación en los yacimientos citados antes, por lo que cabe sugerir que dicha vitalización fue precisamente a costa de aquéllos. El hecho es explicable por la excelente situación de Avila en el valle del Ambles, frente a las marginales —desde el punto de vista general— de los viejos *oppida*. En todo caso, podría sorprender el abandono de los dos primeros, y muy especialmente el de La Mesa, dada su potencialidad económica; no en cambio el de Ulaca, colgado en los riscos del Sistema Central.

Un fenómeno en cierta manera análogo se registra en tierras zamoranas: el importante castro de El Viso —que hemos identificado con la *Arbucale* de las campañas anibálicas— parece despoblarse, a juzgar por la completa ausencia de materiales romanos; la población debió de trasladarse al vecino pago de El Alba —uno de los pocos yacimientos de Zamora donde se recoge *sigillata* aretina—, en medio del llano y muy próximo al Duero, precisamente por donde discurría la vía que conduce a *Ocelo Duri*<sup>188</sup>.

En el extremo noroccidental de la Meseta, todavía en tierras zamoranas, tenemos un ejemplo excepcional. Un campamento romano, el de la *Legio X Gemina*, se instala a los pies de un castro astur celtiberizado, el de San Pedro de la Viña, que lógicamente debe quedar despoblado. Al socaire de este campamento nacerá un importante núcleo romano, *Peravonium*, que tendrá larga vida, llegando incluso a englobar el espacio del viejo núcleo indígena.

En este momento terminal de la cultura celtibérica se producen también modificaciones en la arquitectura doméstica. El ejemplo más patente es el de Langa de Duero, donde vemos complejos de varias habitaciones cuadrangulares<sup>189</sup>, sin que podamos establecer con claridad su sistema organizativo, debido a las dificultades que presentó en su día la excavación. Por otra parte, incluso en excavaciones metodológicamente correctas —como las de la casa 2 de Herrera— no es fácil establecer la función de las diversas habitaciones, dada la heterogénea distribución del material arqueológico<sup>190</sup>.

Algo similar, la existencia de complejos de habitaciones, se comprueba en los castros abulenses de Ulaca y El Raso. En este último, las excavaciones han permitido definir un tipo de vivienda con porche y vestíbulo y una serie de habitaciones distribuidas en torno a la cocina. Salvo ciertas estancias, como esta última, que tienen una finalidad específica, la mayoría carece de materiales suficientemente indicativos sobre su destino. Con respecto a Ulaca, donde faltan excavaciones extensas, únicamente vislumbramos la complejidad de ciertas plantas.

Estamos, en definitiva, ante unas viviendas más complejas y extensas, que pasan de ser espacios únicos a constituir un conglomerado de habitaciones que responden a una organización doméstica más especializada. Ya hace una quincena de años, el Prof.

Maluquer se planteó, al estudiar de nuevo la cultura castruense del Noroeste, este problema, haciendo hincapié en determinados aspectos económicos y sociales —evolución hacia una economía menos colectivista y, consecuentemente, aceleración del proceso de desigualdad— implicados en la transformación de la arquitectura<sup>191</sup>.

En nuestro caso, tendremos que preguntarnos si estas modificaciones arquitectónicas responden igualmente a un proceso de evolución interna o si por el contrario son el resultado de la influencia romana. Con respecto a Langa, el extenso poblado de Las Quintanas, con emplazamiento abierto y sin murallas, sugiere la segunda interpretación, dada la uniformidad del material arqueológico, todo él del siglo I a.C.<sup>192</sup>. Por lo que hace a El Raso, dada su situación y la escasez del material romano, casi con seguridad importado, se podría pensar se trata de un establecimiento claramente indígena y en consecuencia las viviendas reflejarían el momento culminante de un proceso autóctono. Similar conclusión sacaríamos en el caso de Ulaca, donde parece bien cierto que las viviendas complejas son estrictamente prerromanas, a juzgar por lo dicho sobre el momento del abandono del castro.

Así pues, con los escasos datos de que disponemos, cabe entrever que la conquista romana vino a truncar un complejo proceso de evolución social y económica, cuyas características hemos delineado y que estaba conduciendo hacia la cristalización de *oppida* en toda la región, proceso análogo al que tenía lugar en otras zonas de Europa.

## CONSIDERACIONES FINALES

Todo cuanto se ha dicho refleja, hay que reconocerlo, una visión unilateral de la cultura celtibérica desde una óptica fundamentalmente meseteña, prescindiendo del valle del Ebro. Ello se justifica por dos razones: por una parte, porque nos resulta muy difícil —pese a los testimonios de epigrafía celtibérica— reconocer en este área los elementos materiales que nosotros consideramos celtibéricos, es decir, la cerámica y ciertos elementos metálicos; y, sobre todo, por el mismo hecho de que en la organización de esta Reunión se hayan separado dichos ámbitos geográficos.

Sería muy interesante, en todo caso, definir en el Valle Medio del Ebro lo que los investigadores de esta región entienden por «celtibérico», si es simplemente un estadio más, el último, de la cultura ibérica, o si por el contrario, se trata de algo distinto, con suficiente personalidad para ser individualizado culturalmente y sin dudas, de forma análoga a lo que sucede en la Meseta.

Hemos de reconocer, desde luego, las dificultades de esta empresa, por el carácter equívoco de la cultura material que, con el aval de la epigrafía y los testimonios literarios, se etiqueta justamente de celtibérica: ¿no será más bien ibérica? En nuestro caso, idénticos

<sup>187</sup> Martín Valls, 1976, p. 383, nota 31.

<sup>188</sup> Martín Valls y Delibes, 1980, 126-128.

<sup>189</sup> Taracena, 1929, lám. III y p. 37.

<sup>190</sup> Burillo, y de Sus, 1988.

<sup>191</sup> Maluquer, 1975, pp. 281-282.

<sup>192</sup> Taracena, 1929, pp. 51-52.

avales justifican el empleo del adjetivo celtibérico, máxime cuando hemos defendido su aplicación para una serie de elementos arqueológicos concretos. Por paradójico que parezca, hoy estamos en condiciones de identificar mejor lo celtibérico en el Valle del Duero que en el del Ebro.

El fósil director más expresivo para detectar la extensión de la cultura celtibérica es sin duda la cerámica. Los conocimientos que sobre ella tenemos la llevan en bloque a fechas tardías, especialmente en los siglos II y I a.C., aunque tal vez esto se deba a lo precario de nuestra información. Ya hemos indicado que existe en el siglo III, e intuimos que en contadas zonas podría remontar incluso a la segunda mitad del IV, pero hoy por hoy es más difícil asegurarlo. Dicho de otra forma, en el borde oriental de la Meseta no podrían considerarse celtibéricos los horizontes más antiguos de las necrópolis, a los que como mucho se podría tildar de «protoceltibéricos». No se nos escapa que ello llevaría consigo el reconocimiento de que en esa zona se gestó la cultura celtibérica, lo cual no

puede aceptarse sin fuertes reservas. Téngase en cuenta a este respecto que la cultura celtibérica está constituida por un conjunto de rasgos, que están presentes en el ámbito meseteño y sólo en parte en la zona que se ha creído «nuclear».

Finalmente, un aspecto llamativo de este trabajo quizá sea el considerar la celtiberización como un proceso mucho más profundo que el mero cambio en la tipología de los objetos. Al igual que en el mundo ibérico y en las tierras extrapeninsulares, se constata un progresivo desarrollo de los poblados que conduce a la aparición de fórmulas protourbanas. De esta forma, se puede explicar la eclosión de los objetos suntuarios —de bronce, vidrio y sobre todo de metales preciosos— y la diversificación del instrumental de hierro, como indicadores de la complejidad económica y social inseparable de los auténticos *oppida*. Ni que decir tiene que este proceso es encauzado por Roma, bajo cuya dominación tendrá lugar, en aparente paradoja, el máximo desarrollo de algunas de las manifestaciones de esta cultura.

## BIBLIOGRAFIA

- J. A. Abásolo Alvarez y F. Pérez Rodríguez 1980. El casco céltico de Gorrita (Valladolid). *BSAA*, XLVI, pp. 93-114.
- J. A. Abásolo Alvarez y F. Pérez Rodríguez 1985. El casco celtoitálico de Gorrita (Valladolid) y sus paralelos europeos, en *Temas de Historia Militar*. II, Comunicaciones del Primer Congreso de Historia Militar (Zaragoza, 1982). Zaragoza, pp. 41-55.
- M. Almagro Gorbea y A. Lorrio 1987. La expansión céltica en la Península Ibérica: una aproximación cartográfica. *I Simposium sobre los Celtíberos*. Zaragoza, pp. 105-122.
- C. Aranegui Gasco y E. Pla Ballester 1979. La cerámica ibérica, en *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica. Actas de la Mesa Redonda celebrada en conmemoración del Décimo Aniversario de la AEAA*, 1979. Madrid, 1981, pp. 73-114.
- A. Balil Illana y R. Martín Valls (Eds.) 1988. *Tessera hospitalis de Montealegre de Campos (Valladolid). Estudio y contexto arqueológico. Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid*, 6. Valladolid.
- J. Barrio Martín 1989. *La segunda Edad del Hierro en Segovia*. Tesis Doctoral defendida en la Universidad Autónoma de Madrid en octubre de 1989, texto mecanografiado.
- M. Beltrán Lloris 1976. *Arqueología e Historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*. Zaragoza.
- A. Beltrán Martínez 1972. Las estratigrafías de Numancia, en *Numancia. Crónica del coloquio Conmemorativo del XXI Centenario de la Epopeya Numantina*. Zaragoza, pp. 45-58.
- L. Bernabó Brea y G. Chiappella 1951. Nuove scoperte nella necropoli preromana di Genova, *RSL*, XVII, 3/4, pp. 163-200.
- N. C. Bishop (Ed.) 1985. *The Production and Distribution of Roman Military Equipment. Proceedings of the Second Roman Military Equipment Research Seminar.*, *BAR. Int. Series*, 275.
- J. F. Blanco García 1986. *Coca arqueológica*. Madrid.
- J. F. Blanco García 1987. *Moneda y circulación monetaria en Coca (siglo II a.C. - V d.C.)* Segovia.
- M. J. Borobio Soto 1985. *Carta arqueológica. Soria. Campo de Gómara*. Soria.
- P. Bosch Gimpera 1954. Les mouvements celtiques—Essai de reconstitution (suite), *Etudes celtiques*, VI, 2 París, 1953-1954, pp. 328-355.
- A. Bruhn de Hoffmeyer 1972. *Arms & Armour in Spain. A short survey*. I. Madrid.
- J. L. Brunaux y B. Lambot 1987. *Guerre et armement chez les gaulois*. París.
- F. Burillo Mozota 1987. Sobre el origen de los celtíberos. *I Simposium sobre los Celtíberos*. Zaragoza, pp. 75-93.
- F. Burillo Mozota y M. L. de Sus Giménez 1988. La Casa 2 de Herrera, en *Celtíberos*. Zaragoza, pp. 62-67.
- J. Cabré Aguiló 1930. *Excavaciones en Las Cogotas. Cardeñosa (Avila). I El Castro*. *MemJSEA*, 110, Madrid.
- J. Cabré Aguiló 1931. Tipología del puñal, en la cultura de «Las Cogotas» *AEA Arq.* VII, pp. 221-241.
- J. Cabré Aguiló 1932. *Excavaciones de Las Cogotas. Cardeñosa (Avila). II La Necrópoli*. *MemJSEA*, 120, Madrid, 1932.
- J. Cabré Aguiló 1940. La caetra y el scutum en Hispania durante la Segunda Edad del Hierro. *BSAA*, VI, pp. 57-83.

- J. Cabré Aguiló y M. E. Cabré Herreros 1933. Datos para la cronología del puñal de la cultura de «Las Cogotas». *AEA Arq.*, IX, pp. 37-45.
- J. Cabré Aguiló, E. Cabré de Morán y A. Molinero Pérez 1950. *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)*. *Acta Arqueológica Hispánica*. V, Madrid.
- E. Cabré de Morán y J. A. Morán Cabré 1978. Fíbulas hispánicas con apéndice caudal zoomorfo. *BAEA Arq.*, 9, pp. 8-22.
- M. V. Calleja 1976. Excavaciones arqueológicas en Tariego de Cerrato. *PITTM*, 37, pp. 79-8.
- M. Cardozo 1947. Un novo tipo de espada curta dos guerreiros galaicos. *Arquivo do Alto Minho*, 2 (3), pp. 65-70.
- L. Castro García y R. Blanco Ordas 1975. El Castro de Tariego de Cerrato (Palencia). *PITTM*, 35, pp. 61-138.
- M.<sup>a</sup> L. Cerdeño Serrano 1978. Los broches de cinturón peninsulares de tipo céltico. *TP*, 35, pp. 279-306.
- D. L. Clarke 1968. *Analytical Archaeology*. Londres (citamos por la trad. esp. de la 2.<sup>a</sup> ed. *Arqueología analítica*. Barcelona, 1984).
- Comisión Ejecutiva 1912. Excavaciones de Numancia. *Memoria presentada al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes por la Comisión Ejecutiva*. Madrid.
- E. Cuadrado 1957. La fibula anular hispánica y sus problemas. *Zephyrus*, VIII, Salamanca, pp. 5-76.
- E. Cuadrado 1987. *La necrópolis ibérica de «El Cigarralejo»*. (Mula, Murcia). *BPH*, XXIII. Madrid.
- T. C. Champion y J. V. S. Megaw (Eds.) 1985. *Settlement and Society*. Liecester.
- H. Dannheimer y P. Fink 1968. *Fundort Bayern*. Munich-Zurich.
- J. Déchelette 1927. *Manuel d'Archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine*. IV. *Second Age du Fer ou époque de la Tène*. París (2.<sup>a</sup> ed.).
- G. Delibes de Castro y R. Martín Valls 1982. *El tesoro de Arrabalde y su entorno histórico*. Zamora.
- G. Delibes de Castro, J. Fernández Manzano, F. Romero Carnicero y R. Martín Valls 1985. *La prehistoria del Valle del Duero*, en J. Valdeón (dir.): *Historia de Castilla y León*, I. Valladolid.
- G. Delibes de Castro y A. Esparza Arroyo 1989. Los tesoros prerromanos de la Meseta Norte y la orfebrería celtibérica, en *El oro en la España prerromana*. *Monografías de la Revista de Arqueología*. Madrid, pp. 108-129.
- A. Díaz Díaz 1976. La cerámica de la necrópolis celtibérica de Luzaga (Guadalajara), conservada en el Museo Arqueológico Nacional. *RABM*, LXXIX-2, pp. 397-489.
- P. M. Duval 1977. *Les Celtes*. París. (Citamos por la trad. esp. *Los Celtas*. Madrid, 1977).
- A. Esparza Arroyo 1982. Reflexiones sobre el castro de Monte Bernorio (Palencia). *PITTM*, 47, pp. 395-408.
- A. Esparza Arroyo 1986. *Los castros de la Edad del Hierro del noroeste de Zamora*. Zamora.
- F. Fernández Gómez 1986. *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda I-II*. Avila.
- M. García Alonso y M. Urteaga Artigas 1985. La villa medieval y el poblado de la Edad del Hierro de la Mota. Medina del Campo (Valladolid). *NAH*, 23, pp. 61-139.
- A. García Bellido 1971. *Iberische Kunst in Spanien*. Mainz. (Citamos por la traducción española: *Arte ibérico en España*. Madrid, 1980).
- M. Gómez Moreno 1927. *Catálogo Monumental de España*. Provincia de Zamora. Madrid.
- C. García Merino 1987. Desarrollo urbano y promoción política de Uxama Argaela. *BSAA*, LIII, pp. 73-114.
- A. M. de Guadán. 1979. *Las armas en la moneda ibérica*. Madrid.
- J. A. Hernández Vera 1982. *Las ruinas de Inestrillas*. Estudio arqueológico. Aguilar de Río Alhama. La Rioja. Logroño.
- J. A. Hernández Vera y J. J. Murillo Ramos 1985. Aproximación al estudio de la siderurgia celtibérica del Moncayo. *Caesaraugusta*, 61-62, Zaragoza, pp. 177-187.
- J. de Hoz 1986. La epigrafía celtibérica. *Actas de la Reunión sobre Epigrafía Hispánica en época romano-republicana*. Zaragoza, pp. 43-102.
- J. de Hoz 1988. Hispano-Celtic and Celtiberian. *Proceedings of the First North American Congress of Celtic Studies*. (Ottawa, 1986). Ottawa, pp. 191-207.
- Igme 1972. Mapa Metalogenético de España. E.1:1.500.000. *Mapa predictor de mineralizaciones de Hierro*. Madrid.
- Igme 1975. Mapa Metalogenético de España. E.1:200.000. Madrid.
- W. S. Kurtz 1987. *La Necrópolis de Las Cogotas*. Volumen I: *Ajuares*. *BAR Int. Series*, 344.
- M. Lenerz de Wilde 1981. Keltische funde aus Spanien. *Archäologisches Korrespondenzblatt*, 11, pp. 315-319.
- M. Lenerz de Wilde 1986. Art celtique et armes ibériques. Actes du Ville Colloque sur les Ages du Fer, 1984. *Aquitania*. Supplément 1, pp. 273-280.
- H. Lorenz 1986. Associations d'armes dans les sépultures de La Tène Ancienne en Europe de l'ouest. Un reflet de l'armement? *Actes du VIIIe Colloque sur les Ages du Fer*, 1984. *Aquitania*. Supplément 1, pp. 281-284.
- A. Llanos 1976. *Poblado protohistórico de «La Hoya»*. Vitoria (2.<sup>a</sup> ed.).
- A. Llanos 1988. Poblado de La Hoya (Laguardía, Alava), en *Celtiberos*. Zaragoza, pp. 68-71.
- J. Maluquer de Motes 1958. *El castro de Los Castillejos de Sanchorreja*. Avila-Salamanca.
- J. Maluquer de Motes 1960. Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta. *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. Septiembre, 1959. Pamplona, pp. 12-149.

- J. Maluquer de Motes 1975. La cultura castreña de la Edad del Hierro. *Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada de las Ciencias Históricas. I. Prehistoria e Historia Antigua*. Santiago de Compostela, pp. 269-284.
- M. A. Manrique Mayor 1980. *Instrumentos de hierro en Numancia*. Madrid.
- T. Mañanes 1979. *Arqueología vallisoletana. La Tierra de Campos y el Sur del Duero*. Valladolid.
- T. Mañanes 1983. *Arqueología vallisoletana. II. Torozos y Cerrato*. Valladolid.
- R. Martín Valls 1976. Nuevos hallazgos arqueológicos en Ciudad Rodrigo. *Zephyrus*, XXVI-XXVII, pp. 373-388.
- R. Martín Valls 1984. Prehistoria palentina, en *Historia de Palencia I*. Madrid, pp. 15-53.
- R. Martín Valls 1985. Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas, en *Historia de Castilla y León. I. La Prehistoria del Valle del Duero*. Valladolid, pp. 104-131.
- R. Martín Valls (en prensa). El final del mundo indígena y los inicios de la romanización. *Actas del I Congreso de Historia de Zamora*. Zamora.
- R. Martín Valls y G. Delibes de Castro 1978. Die Hallstatt-zeitliche Siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Prov. Valladolid). *Madrider Mitteilungen*, 19, pp. 219-230.
- R. Martín Valls y G. Delibes de Castro 1980. Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VII). *BSAA*, XLVI, pp. 119-128.
- R. Martín Valls y G. Delibes de Castro 1981. Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VIII). *BSAA*, XLVII, pp. 153-186.
- R. Martín Valls y G. Delibes de Castro 1982. Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IX). *BSAA*, XLVIII, pp. 45-70.
- R. Martín Valls y A. Esparza Arroyo (en prensa). Sobre los inicios de la presencia militar romana en el Valle del Duero: el casco etrusco-romano de Gorrita, *Zephyrus*.
- R. Martín Valls, N. Benet y C. Macarro Alcalde (en prensa). Arqueología de Salamanca. *Actas del Congreso de Historia de Salamanca*. Salamanca.
- C. Morán Bardón 1924. *Excavaciones Arqueológicas en el Cerro del Berrueco*. *MemJSEA*, 63, Madrid.
- J. P. Morel 1981. Céramique campanienne: les formes. *BEFAR*, 224, Roma.
- S. Nordstrom 1973. *La Céramique peinte ibérique de la province d'Alicante*. II, Estocolmo.
- H. Müller-Karpe 1959. *Beiträge zur Chronologie der Unenfelderzeit nördlich und südlich der Alpen*. *RGF*, 22, Berlin.
- P. de Palol 1966. Estado actual de la investigación prehistórica y arqueológica en la Meseta castellana. *IX CNArq* (Valladolid, 1965), pp. 24-35.
- P. de Palol y F. Wattenberg 1974. *Carta Arqueológica de España*. Valladolid. Valladolid.
- L. Pauli 1985. Early Celtic society: two centuries of wealth and turmoil in central Europe, en *Champion y Megaw*, pp. 23-43.
- J. Pereira Sieso 1988. La cerámica ibérica de la cuenca del Guadalquivir. I. Propuesta de clasificación. *TP*, 45, pp. 143-173.
- C. F. Posac Mon 1953. Solosancho (Avila). *NAHisp*, I, pp. 63-74.
- K. Raddatz 1969. *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*. *Madrider Forschungen*, 5, Berlin.
- T. A. Recio 1972. Las fuentes literarias latinas sobre Numancia, en *Numancia. Crónica del Coloquio Conmemorativo del XXI Centenario de la Epopeya Numantina*, Zaragoza, pp. 115-132.
- M. L. Revilla Andia 1985. *Carta arqueológica. Soria. Tierra de Almazán*. Soria.
- F. Romero Carnicero 1976. *Las cerámicas policromas de Numancia*. Soria.
- F. Romero Carnicero 1982. Las cerámicas policromas de Numancia. *Revista de Arqueología*, pp. 35-43.
- F. Romero Carnicero 1984a. La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión. *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana. Soria, 1982*. Soria, pp. 51-121.
- F. Romero Carnicero 1984b. Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana: la casa circular del Castro de Zarranzano. *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana. (Soria, 1982)*. Soria, pp. 187-210.
- F. Romero Carnicero 1984c. La Edad del Hierro en la serranía soriana: Los castros. *BSAA*, L, pp. 27-67.
- F. Rubio Gomis 1986. *La necrópolis ibérica de la Albufereta de Alicante (Valencia, España)*. Valencia.
- M. Salinas de Frías 1986. *Conquista y Romanización de Celtiberia*. Salamanca.
- J. D. Sacristán de Lama 1986a. *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero*. *Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid.
- J. D. Sacristán de Lama 1986b. Consideraciones sobre el celtiberismo inicial en la cuenca media del Duero. *BSAA*, LII, pp. 205-213.
- J. D. Sacristán de Lama y F. Pérez Rodríguez 1988. Un interesante conjunto cerámico «tardoceltibérico». *Sautuola*, V, pp. 81-113.
- E. Sangmeister 1960. Die Kelten in Spanien. *Madrider Mitteilungen*, 1, pp. 75-100.
- C. Sanz Mínguez et alii 1989. *Padilla de Duero. Investigaciones Arqueológicas 1985-1989*. Valladolid.
- I. R. Scott 1985. First century military daggers and the manufacture and supply of weapons for the roman army, en *Bishop*, 1985, pp. 160-213.
- W. Schüle 1969. *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*. *Madrider Forschungen*, 3, Berlin, 2 vols.
- A. Schulten 1927. *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912. III. Die Lager des Scipio*. Munich.
- A. Schulten 1929. *Numantia. Die Ergebnisse... IV. Die Lager bei Renieblas*. Munich.
- A. Schulten 1945. *Historia de Numancia*. Barcelona.
- P. Stary 1982. Keltische Waffen auf der Iberischen Halbinsel. *Madrider Mitteilungen*, 23, pp. 114-144.

- B. Taracena Aguirre 1927. *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño. Mem.JSEA*, 86, Madrid.
- B. Taracena Aguirre 1929. *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño. Mem.JSEA*, 103, Madrid.
- B. Taracena Aguirre 1932. *Excavaciones en la provincia de Soria. Mem.JSEA*, 119, Madrid.
- B. Taracena 1941. *Carta Arqueológica de España. Soria*. Madrid.
- B. Taracena 1954. Los pueblos celtibéricos, en R. Menéndez Pidal (Dir.), *Historia de España*. 1-3, Madrid, pp. 197-299.
- A. Tovar 1989. *Iberische Landeskunde*, II/3. *Tarraconensis*. Baden-Baden.
- G. Ulbert 1984. *Cáceres el Viejo. Ein spätrepublikanisches Legionslager in Spanisch-Extremadura. Madrider Beiträge*, 11, Mainz.
- F. Wattenberg 1957. Un broche de bronce celtibérico. *BSAA*, XXIII, pp. 55-63.
- F. Wattenberg 1959. *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero. BPH*, II, Madrid.
- F. Wattenberg 1960. Los problemas de la cultura celtibérica. *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. Septiembre, 1959. Pamplona, pp. 151-177.
- F. Wattenberg 1963. *Las cerámicas indígenas de Numancia. BPH*, IV, Madrid.
- F. Wattenberg 1972. Informe sobre los trabajos realizados en las excavaciones de Numancia, en *Numancia. Crónica del Coloquio Conmemorativo del XXI Centenario de la Epopeya Numantina*. Zaragoza, pp. 59-73.
- F. Wattenberg 1978. *Estratigrafía de los cenizales de Simancas. Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid*, 2. Valladolid.

